

La Revista Blanca



Colaboradores.

Soledad Gustavo

Luisa Michel

Pedro Dorado

F. Giner de los Ríos

Juan Giné y Partagás

Pompeyo Gener

U. González Serrano

José Esquerdo

A. Sánchez Pérez

Fernando Tarrida

Francisco Salazar

Manuel Cossío

Carlos Malato

Miguel Unamuno

Anselmo Lorenzo

Fermín Salvochea

Ricardo Mella

Jaime Brossa

Ricardo Rubio

Pedro Corominas

José Nakens

Nicolás Estévez

Doctor Boudín

Donato Luben

P. Kropotkin

Elíseo Reclus

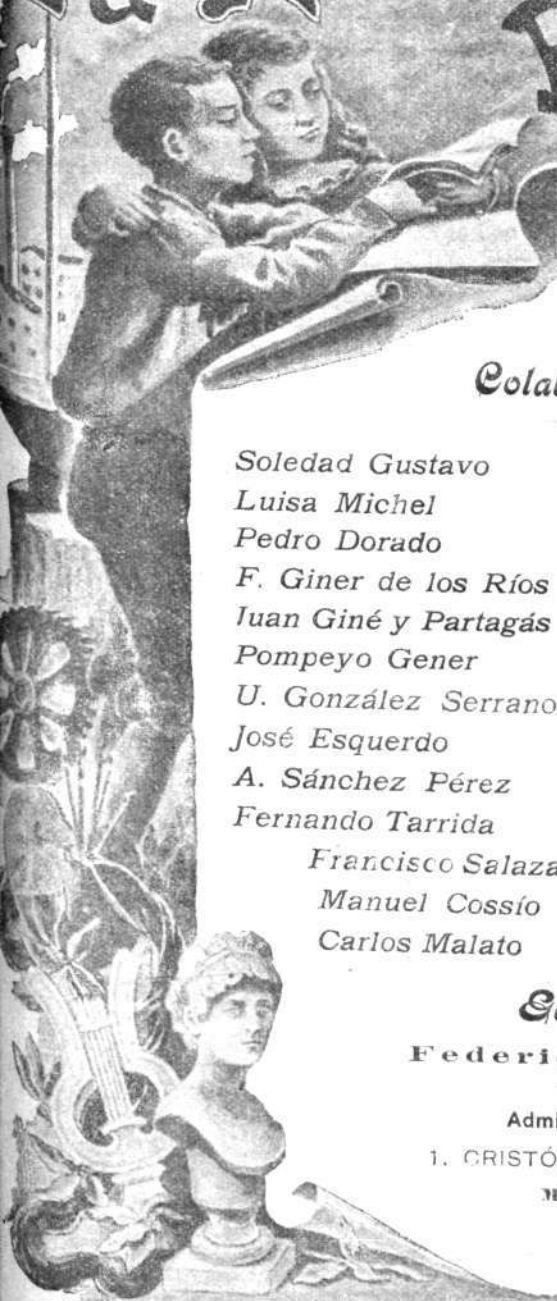
Serente,

Federico Urales

Administración:

1. CRISTÓBAL BORDÍU, 1

Madrid.



Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista.  En venta: Casa editorial Maucci, Barcelona.

Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, dividida en tres tomos, á 2 ptas. uno.
LA SOCIEDAD FUTURA, por Soledad Gustavo, 20 céntimos.
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo, 20 cts.
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 50 céntimos.
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.
SOCIOLOGÍA ANARQUISTA, por J. Montseny, 75 céntimos.
EL SOCIALISMO Y EL CONGRESO DE LONDRES, por A. Hamon, 1 peseta.
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellicer, 75 céntimos.
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.
LA ANARQUÍA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.
EL AMOR LIBRE, VI capítulo del libro, por idem, 35 céntimos.
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Illenatnom, 20 céntimos.
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.
Á LOS JÓVENES, por P. Kropotkin, 10 céntimos.
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Elíseo Recius, 1 peseta.
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.
DIOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakounine, 75 céntimos.
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.
APROPÓSITO DE UN REGICIDIO, por Pedro Esteve, 30 céntimos.
NI DIOS NI PATRIA, por Benjamín Mota, 20 céntimos.
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.
LA ESCLAVITUD ANTIGUA Y LA MODERNA, por Arana, 35 céntimos.
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.
LA ANARQUÍA ANTE LOS TRIBUNALES, por Pedro Gori, 35 céntimos.
LA MEDICINA Y EL PROLETARIADO, por Arana, 30 céntimos.
¿DÓNDE ESTÁ DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.
EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 75.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÚ, 1.—MADRID

1.º de Agosto de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Ideas propias*, por Donato Luben.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*La herencia psicológica*, por Ch. Ribot.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Se volvieron las tornas*, por William Morris.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Lo que es la iglesia*, por E. Zaldo.—*Entre jaras y brezos*, por Aurelio Muñiz.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VI)

La filosofía mística recibió no escaso refuerzo de los amantes desgraciados, como las recibe toda orientación social ó moral de cualquier clase que sea; y la mística española de Santa Teresa y de Fray Luis de Granada, no fué más que una invasión del amor en la filosofía.

La filosofía del amor de Ramón Lull encontró propagandistas que, en cierto modo, aventajaron al maestro.

Uno de los más notables fué Ramón Sabunde, filósofo barcelonés que supo armonizar su exaltación sentimental con el positivismo aristotélico.

Este autor escribió un libro titulado *Teología natural*, que es un canto á la vida y al amor, pero al amor y á la vida terrenal.

Decía: «El hombre que no sabe vivir no sabe nada; el saber especulativo no es saber».

Para Sabunde no hay más ciencia ni más filosofía que la experiencia. La ciencia positiva y la especulativa consiste en hacer aquello que la vida nos enseña.

«El hombre que se separa de la tierra, de su cuerpo, no puede ser científico ni pensador, porque no procura por la única ciencia y el único pensamiento: la realidad de nuestra existencia, con sus necesidades morales y materiales.»

Ni la filosofía empírica ó de la experiencia que Bacon iniciara bastantes años después, ni siquiera la positivista escuela escocesa que floreció en el siglo XVIII, formularon promesas tan naturalistas y exactas, y estamos por creer que ambas escuelas tienen su raíz en la filosofía fresca, sana y original de Ramón Sabunde.

En las páginas que narran la evolución del pensamiento, continúa aquella relación que enlaza unas ideas con otras, demostrándose con estos hechos naturales que las concepciones del pensamiento, al igual que las materiales, son hijas unas de otras, y que las infinitas especies intelectuales, como las materiales, tienen un origen común.

No se sienta una nueva base filosófica en Ramón Sabunde; se desarrolla una nueva rama ó especie intelectual que, partiendo del tronco aristotélico, ha seguido un camino divergente á la escolástica y al neoplatonismo.

Hemos dejado á Ramón Lull colocado entre la filosofía al servicio de Dios, ó sea la teología y la filosofía al servicio de la razón, por medio de la cual pretendía explicar los dogmas el filósofo mallorquín. Claro que su pretensión era quimérica; pero el hecho de intentar llevarla á término, supone un paso hacia el positivismo filosófico. Sabunde nos lo da más acentuado, aunque no sin las impuras mezclas espiritualistas, de las que en adelante se emanciparan sus sucesores en esta orientación de la filosofía experimental, hasta llegar al naturalismo absoluto, es decir, al hombre tal cual es con sus condiciones naturales, hermosas y bellas por ser suyas.

Sabunde decía que el hombre que no sabe vivir no sabe *pensar* ni puede *saber*, porque la ciencia de vivir es la única verdadera. Es esta una afirmación que ya habíamos formulado nosotros sin haber leído á Sabunde, y que nos ha llenado de alegría al encontrarla en el pensador catalán.

«Si el hombre quiere saber, es preciso que se conozca á si mismo (la huella de Sócrates); y para conocerse es necesario que entre en sí, que venga en sí y habite dentro de sí; porque de otro modo, no conociéndose, no conocerá las cosas, porque no podrá establecer la relación que existe entre él y lo que le rodea.»

Tiene esta proposición un hermoso contingente de psicología naturalista, de este naturalismo franco que se observa en los pensadores de la escuela anarquista.

El individualismo moral de Sabunde es más acentuado que el de Tofail. Sabunde atiende más las necesidades corporales, por cuanto concreta en el conocimiento del hombre todos los conocimientos. La elevación del yo, del individuo, alcanza en Sabunde un grado que antes no tuvo y que sirve perfectamente para enlazar en Descartes las modernas ideas individualistas, á la manera que lo entendemos los libertarios, con las antiguas ideas sobre la dignificación de la personalidad humana.

Se ve aquí una continuidad ideista que del terreno filosófico pasó primero al político con los enciclopedistas, y después al social con los sociólogos. Antes, cuando la libertad del hombre se discutía exclusivamente en la filosofía, se hablaba, no de emancipación, sino de salvación en sentido moral, místico, espiritualista, dejando de lado las cuestiones política y la económica, que no se habían presentado sobre el tapete de las luchas intelectuales; pero después, y muy principalmente en nuestros días, la emancipación del individuo se extendió á su existencia y manifestaciones, á la libertad de obrar y de comer, porque de los problemas del espíritu, que nada resuelven, se pasó á los del cuerpo, que lo resuelven todo.

La *Teología natural* de Sabunde fué un gran paso en este sentido.

Pensadores, decía nuestro filósofo, si queréis escalar el cielo, no os mováis de la tierra, es decir, preocupaos del hombre en este mundo.

No hay por qué decir que Sabunde era deísta; pero en su deísmo se leen tales atrevimientos, que hacen sospechar en un Dios especial para uso particular del autor.

«La *pretensión* de Dios de que le amemos sobre todas las cosas, supone el propósito de que *le conozcamos* sobre todas las cosas también; y para que nuestra fe y nuestro amor hacia Dios sea pleno, es necesario verlo cara á cara, con conocimiento cierto y perfectísimo.»

Tal razonamiento se presta á muchas dudas, no sobre la creencia en Dios, sino sobre la concepción de Dios.

Lo que de nuevo se deduce de las ideas de Sabunde, es un alejamiento del idealismo y de la escolástica, para dar origen á las ideas que prevalecieron después con el nombre de revolución filosófica, algunas tomadas del pensador barcelonés, sobre todo las psicológicas y naturalistas, que á tan grande altura colocaron Descartes y Pascal.

El estudio del hombre no fué, como hemos demostrado en estos apuntes, un estudio inventado por Sabunde; pero sí lo fué el estudio del hombre como ser material, tal como la Naturaleza y la sociedad lo forman.

Las teorías de Sabunde se extendieron por toda Europa, singularmente por Francia, Alemania é Italia, é influyeron mucho tiempo en los centros intelectuales y científicos.

Los naturalistas y los positivistas de hoy no se acuerdan de Sabunde, pero por su cerebro pasaron los gérmenes que después florecieron en la cabeza de los padres del positivismo contemporáneo. Capacitémonos de estas nuevas notas filosóficas, y sigamos hojeando el libro de la filosofía española.

Para esta obra conviene no olvidar que Sabunde nació en Cataluña y que vivió casi siempre en Francia, en cuyas Universidades explicó su sistema filosófico. Lull, mallorquín; Sabunde, catalán, y Vives, valenciano, vivieron muy poco en España, y sus ideas eran más universales por la internacionalidad del latín, en cuyo idioma se enseñaban entonces las ciencias propiamente dichas. Sin estas licencias no sería posible escribir un libro de filosofía hablando de España, porque no hay filósofos verdaderos de raza ibera, y que hayan hecho vida española, que hayan fundado escuela, que hayan producido discípulos; en una palabra, que tengan obras propias. No hay filosofía española, así como hay arte español y letras españolas.

Ramón Sabunde daba, á pesar de su naturalismo, un sentido místico á todas las cosas, y el amor fué la parte principal de ellas. Por eso á la filosofía de Sabunde se la llamó la filosofía del amor, y el amor es místico siempre, siempre, aun cuando se alimente de ideas sensualistas. Pero Sabunde llevaba al misticismo la síntesis del positivismo aristotélico, que le hizo reconocer que el único conocimiento verdadero es el de la vida, y que ésta debe ser atendida sobre todos los problemas de orden especulativo.

* * *

Al dejar á Ramón Sabunde nos encontramos con un médico pensador de raza judía, llamado León Hebreo.

En León Hebreo, el pensamiento filosófico y el amor filosófico, constituyen una doctrina especial, mezcla de misticismo y mezcla de filosofía, pudiendo decirse que es el punto de unión entre el amor de Dios de los *hermanos del espíritu libre* y el amor de los hombres de su maestro Ramón Sabunde, y un eslabón descendiente hacia el misticismo español del siglo xvi.

Diálogos de amor, la obra principal del autor que nos ocupa, es una especie de metafísica del sentimiento amoroso, donde se mezcla el misticismo individualista del árabe Tofail y del judío Gebirol, con el amor filosófico y en cierto modo naturalista de Sabunde, aunque el médico judío se considere únicamente discípulo de la filosofía cabalística y judía. Donde vemos al continuador, aunque degenerado, de los pensadores citados, es al tratar del yo interior, del individuo como abstracción. Entonces considera al hombre una voluntad inquebrantable, que puede elevarse sobre todas las miserias de la vida. Es esta teoría una derivación del libre albedrío, tan en desuso hoy. «El hombre es libre de elegir entre el bien y el mal»—dicen los que creen en la libertad espiritual.

«El hombre puede elevarse por su propio esfuerzo»—dicen los filósofos individualistas.

La diferencia de esas dos proposiciones es muy notable. Ambas desconocen la parte que en la formación de cada individuo tiene el medio en que se desenvuelve. Pero ni aun este individualismo, que tiene su raíz en Avempace, se presenta en León Hebreo exento del orgullo místico.

«Entonces el entendimiento, alumbrado de una singular gracia divina, sube á conocer más alto que el humano poder y á la humana especulación conviene, y llega á una tal unión y copulación con el sumo Dios, que nuestro entendimiento se conoce ser antes razón y parte divina, que entendimiento en forma humano... y, en conclusión, te digo que la felicidad no consiste en aquel acto cognoscitivo de Dios que guía el amor, ni consiste en el amor que al tal conocimiento sucede, sino que solamente consiste en el acto copulativo del íntimo y unido conocimiento divino, que es la única perfección del entendimiento creado...»

En estas palabras esta, aunque algo amortiguada por el ambiente de España, la tesis de *Los hermanos del espíritu libre*.

El orgullo del místico se esconde bajo la capa del perfecto creyente. Los filósofos hebreos y árabes que hemos estudiado, nunca pretendieron unir al hombre con Dios; querían, sí, que aquél se dignificara y elevara hasta conocerle y amarle.

León Hebreo tenía en el cerebro, á pesar de todo, muchas ideas de Sabunde, y estas ideas, acompañadas de un buen temperamento, sirviéronle para adivinar intuitivamente verdades que hasta hoy no han tomado carta de naturaleza científica, así como otras que la tomaron al poco tiempo, como, por ejemplo, la gravitación.

Véase la prueba:

«Verás también las piedras y los metales engendrados de la tierra, cuando se hallan fuera de ella, cómo la buscan con velocidad, y no descansan jamás hasta estar en ella; así como buscan los hijos á las madres, que con ella solamente se aquietan. La tierra también con amor las engendra, las quiere y conserva, y las plantas, las hierbas y los árboles, tienen tanto amor á su madre la Naturaleza, que jamás quieren apartarse de ella, antes al contrario, la abrazan con efusión con sus raíces, como hacen los niños con los pechos de sus madres.»

Es decir, la parte que se separa del organismo Naturaleza, vuelve con velocidad hacia ella, y las plantas sienten tanto cariño por su madre, que mueren abrazadas á ella.

No habrá en estas palabras un concepto claro de la ley de la gravitación, ni darán idea definida del organismo que constituye la materia toda; pero suponen así como una nebulosa intelectual, que principia á formar el concepto de ambas verdades científicas.

Las copiadas palabras de Hebreo son de una belleza admirable y de un sentido real que rejuvenece.

¿Por qué en todo pensador, por muy místico que sea, se encuentran estos cantos á la Naturaleza?

Porque, por muy poderosas que se presenten las fuerzas atávicas y los ataques á la vida, el instinto de la existencia basta para recordarnos lo que somos y para hacer justicia á la materia.

Demuestra nuestro aserto el siguiente párrafo del autor que nos ocupa, á pesar de su misticismo más ó menos heterodoxo:

«No es posible alcanzar este espiritualismo en la vida terrenal, porque mientras vivimos, nuestro entendimiento tiene alguna manera de vínculo con la materia de este nuestro frágil cuerpo.»

Esto es: la Naturaleza nos domina siempre. Y en verdad que la Naturaleza nunca

habría de dominarnos, á pesar de lo que dice nuestro autor en su obra *Filografía*. Dominio supone lucha, y nosotros con la Naturaleza habríamos de formar una sola voluntad y una sola ley; no deberíamos luchar con ella, sino entregarnos á ella.

En la doctrina de León Hebreo hemos leído una afirmación que tenemos necesidad de combatir, á pesar de que en estos apuntes nos proponemos únicamente exponer las ideas ajenas para determinar el progreso intelectual en España.

En el tercer *Diálogo de amor*, cuando trata del origen de este sentimiento, Sofía hace á Felón la siguiente pregunta: «Es evidente que el amor existe y que es deseo de la cosa que falta; pero, ¿cómo incluir en esta definición el amor divino?»

Una duda cruel emponzoña la conciencia de León Hebreo. Claro está, si Dios existe y el amor es deseo de cosa que falta, ¿cómo nos explicamos el amor de Dios? ¿Es que nos falta Dios? Esto ni puede sospecharlo un buen creyente. Pues ¿cómo sentimos amor hacia una cosa que no nos falta? Nosotros sosegaremos el alma de Hebreo, que debe andar contristada entre el cielo y el infierno.

El error consiste en la premisa sentada. El amor no es deseo de cosa que falta, sino que es cariño por una real, palpable, que ha ganado nuestros sentimientos.

El amor supone la existencia de un objeto: del que lo inspira. Amamos las cosas porque las conocemos.

Una cosa que nos falta se desea, no se ama, y se desea cuando tenemos de ella una idea formada. Por lo tanto, el amor de Dios puede existir para aquellos que conozcan á Dios y que lo conozcan material, no espiritualmente, puesto que el amor verdadero, sano, es amor sensible, pasión por una cosa que nos agrada y deleita. Si hay quien ama á Dios sin conocerle, allá él con sus extraños amos, y si hay quien ama las cosas sin verlas, peor para él.

Como puede haberse comprendido por nuestras palabras sobre León Hebreo, éste era uno de los místicos menos místicos. Su cerebro estaba formado de varias especies intelectuales, ninguna de las cuales podía ser, con propiedad, calificada de mística, á pesar de que todas tentan algo de la teoría mística. Además, León Hebreo era médico, y esta profesión que ejercía con gran provecho y lucimiento, y que materializa al más dado á espiritualizar, había de influir no poco en sus ideas.

La verdadera doctrina mística, en cuanto podía ser verdadera en España una doctrina perseguida por la Inquisición y por el clima alegre y amante de la vida, se presentó en los escritores religiosos y religiosas que vivieron pocos años después de León Hebreo y que estudiaremos á continuación.

* * *

Recuérdese y téngase presente la huella que deja la evolución filosófica en Lull, Sabunde y León Hebreo. En el primero, la filosofía es puro amor; en el segundo, el amor es pura filosofía, y en el tercero, la filosofía y el amor constituyen un *sentimiento intelectual, abstracto*.

FEDERICO URALES.

IDEAS PROPIAS

Consumir, producir y reproducirse; tal es la misión que encadena á la vida á todos los humanos. La existencia humana no reconoce otros móviles ni se funda sobre otras causas.

Para satisfacer las necesidades de consumo, para amar y para producir se reúnen los humanos en sociedad.

El *estómago* y el *amor* son los dos grandes estimulantes que animan cuantas obras produce, reproduce y perpetúa la Humanidad. Para consumir, recrearnos y reproducirnos, se trabaja y se sufre, y se llega hasta la heroicidad y el sacrificio. En producir, reproducir y consumir, estuvo, está y estará siempre el *quid humanum* de todo progreso y selección social.

La lucha por la existencia es la norma suprema, la ley por excelencia. En ella radica la razón del *bien* y del *mal* y por ella se estimulan, con ardimientos varoniles, los que sufren humillaciones para llegar, luchando denodados, á producir su emancipación.

* * *

El consumo es el regulador de la producción y el determinador de la riqueza.

País en que se consume con mayor abundancia, es el más rico y feliz, el más progresivo; el que produce hombres más sabios, robustos, tenaces, varoniles y persistentes. Dar á los obreros facilidades para el consumo, proporcionar á la gran masa social que trabaja medios abundantes y dignos de satisfacer sus necesidades de existencia con esplendidez y holgura, es fomentar la riqueza común abriendo nuevas y más inagotables fuentes á la producción, pues debe tenerse muy en cuenta la sabia verdad económica de que en el consumo está la fuerza de la producción, ya que es un hecho incuestionable que sólo para consumir se produce y trabaja.

Riqueza es *producto acumulado*, que *vale* tanto más cuanto más extensas resultan las satisfacciones capaces de ser por la *riqueza-producto* satisfechas al ser benéficamente aplicada á las necesidades del consumo.

Es decir, que el *valor efectivo* de la riqueza está en relación directa con la importancia más ó menos útil y necesaria de las necesidades de consumo á que racionalmente deba destinarse en un caso determinado.

Cuanto más inmediatamente sea aplicada la riqueza-producto á las necesidades generales del consumo, tanto mayores resultarán los fomentos fecundantes de su fuerza reproductiva. Almacenar los productos habiendo grandes necesidades de consumo inatendidas, es el mayor y más reprochable de los errores económicos.

Que los brazos no cesen, si es preciso, de producir; pero que no haya sobre la tierra ser humano alguno que padezca hambre por falta de pan, ni sienta frío por carecer de ropas y albergue.

Si en el cerebro de los explotadores de la producción penetrara tan luminosa verdad, si cayeran en la cuenta de que no basta acaparar las producciones del trabajo proletario para fomentar la riqueza, sino que para que tal acontezca es preciso que todo cuanto el brazo del trabajo produce, transforma, modifica ó pone en circulación, se convierta, lo más inmediatamente posible, en *necesidades satisfechas*; si los amos del mercado del mundo cayeran en la cuenta de lo muy errados que andan y de lo evidentemente falsos que resultan sus inhumanos preceptos de economía egóista, á buen seguro que no procederían cual proceden, pues enterados de que en el consumo radica el valor explotable y utilitario de los productos, no es concebible [trataran—como lo hacen al presente—de poner cortapisas al desarrollo ascendente del consumo, remunerando con salarios irrisorios, de una mezquindad miserable, á sus obreros, y teniendo, por tanto, sumida en la más bestial de las miserias á la gran familia proletaria.

Cuanto más se favorezcan los medios de consumir; cuanto más y mejor consumamos, tanto más grande será el desarrollo de hermosa prosperidad que adquiera el fomento de la riqueza, que es la fuerza productiva engendradora de toda felicidad y bienestar social; y si cada ser humano dispusiera libremente de cuanto es preciso para el desenvolvimiento

Progresivo de la existencia, si dispusiéramos todos de los elementos necesarios para vivir con dignidad y abundancia, bien alimentados y decente y aun elegantemente vestidos y albergados, la riqueza social experimentaría crecimientos fabulosamente enormes que difundirían por todos los ámbitos de este infeliz planeta, cuya costra poblamos, las dulces fragancias de la felicidad general.

No quiere llegar á tan magníficos resultados el egoísmo irracional del capitalismo dominante; es avaricioso, cruel, desentrañado, y prefiere, con tal de seguir siendo el amo, vivir siempre intranquilo y amenazado, sobre el pavés luctuoso de sus privilegios, viendo perecer, hacinados por el hambre, mustios por la anemia, envilecidos por el servilismo abyecto y la ultrajadora dependencia, á los sacrificados proletarios, cuya cooperación utiliza, por que le es indispensable, para labrar la que el capitalismo director llama su *preponderancia*, preponderancia maldita, triste, malthusiana, que se desarrolla sobre la brutalidad del despojo, fatalmente coreada por los ayes lastimeros y por las horribles increpaciones de infinito número de víctimas económicamente aherrojadas...

El bello cuanto torpe ideal del capitalismo sería llegar á la supresión absoluta de las necesidades de cuantos explota en las glebas del trabajo.

Un obrero sin estómago, ni órganos genitales, ni cerebro, que no comiera ni pensara ni sintiera las dulces afecciones pasionarias del amor reproductor; un obrero automático, artificial, de *acero*, en fin, que trabajara sin descanso, maquinalmente y á voluntad de su poseedor afortunado, tal sería el obrero preferido por los capitalistas en sus ansias locas de lucro y dominación, sin comprender, en su estultez malthusiana, que el valor de los productos estriba en las necesidades del consumo, y que, por tanto, limitar el círculo de las necesidades humanas, equivale, real y positivamente, á mermar el valor de los productos.

Cuanto más crecido sea el número de consumidores y mayor resulte la abundancia en que éstos consuman, tanto más poderosa será también la prosperidad productora, origen fecundo de toda riqueza y bienestar social. Privar, pues, al pueblo obrero de medios de consumir, afanarse en que viva vida mezquina y precaria el mayor y más laborioso número de seres humanos, es el más antisocial, antieconómico y contraproducente de los absurdos sociales.

El economismo capitalístico, fundado en la libertad del trabajo, que sólo implica la libertad de la explotación, sanciona la legalidad del despojo de que son víctimas los obreros por parte de los capitalistas, negando sistemáticamente á los productores proletarios el derecho de consumir con arreglo á sus necesidades y deseos, é imponiéndoles, en cambio, la obligación inusitada de producir en demasía.

Imponer deberes al que no se le conceden derechos, es practicar la tiranía, y tiránico resulta, por lo tanto, el régimen imperante.

La razón es obvia; los proletarios trabajan; todo lo producen, fecundizan é inventan; luego tienen derecho á consumir como y cuanto les plazca, sin tasa ni medida, tal cual lo exijan las leyes de la verdadera economía social, leyes benéficas, hoy día perturbadas por las ambiciones suicidas en que se desenvuelve alevoso el infausto egoísmo individualista.

Coparticipes en la formación del producto, asociados é indispensables para el trabajo y para la creación de toda riqueza y capital, agentes activos de cuanto se elabora, mueve y transforma, los obreros tienen derecho, un derecho indiscutible, inalienable, sacratísimo, al disfrute del bienestar general, ya que trabajan, ya que cultivan y fertilizan con el esfuerzo de sus brazos y la inervación de sus cerebros, los campos de la producción; y para que esto sea lógicamente posible, para que los hombres honrados que trabajan no conti-

nien como hasta aquí siendo el blanco de la explotación y la bafa del parasitismo, es preciso, es indispensable, producir la supresión del *privilegio y de las clases sociales*, convirtiendo el mundo en el opulento y tranquilo domicilio social de una universal asociación de productores hermanos, libres de déspotas más ó menos regios y de zánganos improductivos.

DONATO LUBEN.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

(Continuación.)

Estos hechos son bien conocidos; pero generalmente se pretende atenuarlos con la observación de que el carácter de la agricultura ha variado; que en vez del trigo, se le había dado la preferencia á la producción de carne y leche. Sin embargo, los datos de 1887, comparados con los de 1860, muestran que el mismo movimiento de descenso se efectuó en lo referente á las hortalizas y verduras. El área destinada á las patatas fué reducida en 280.000 acres; el de los nabos, en 180.000; y aunque hubo aumento en el de las zanahorias, etc., el total del área dedicada á todos estos productos se vió reducida en 330.000 más. Sólo se halló un aumento en el pasto permanente (2.800.000 acres) y prados artificiales (1.600.000); pero sería en vano que buscásemos un aumento correspondiente en las cabezas de ganado, pues el que se efectuó durante esos veintisiete años no fué suficiente para cubrir ni aun el área designada á los terrenos improductivos (1)

Desde el año 1887, el asunto fué de mal en peor. Si consideramos sólo á la Gran Bretaña, veremos que en 1885 el área sembrada de toda clase de granos fué de 8.392.006 acres; lo cual, en verdad, es muy poco, comparado con el área que hubiera podido cultivarse; y aun ése poco fué reducido más aún, hasta quedar en 7.400.227 acres en 1895. El área ocupada por el trigo fué de 2.478.318 acres en 1885, contra 3.630.300 en 1874; reduciéndose todavía más, hasta llegar á 1.417.641 en 1895, mientras que el área de los otros cereales sólo aumentó muy poco—de 5.198.026 á 5.462.184—siendo la pérdida total, incluyendo todos los cereales, de cerca de 11.000.000 de acres en diez años! Así, pues, 5.000.000 de personas más, se veían obligadas á proporcionarse el alimento del exterior.

¿Aumentó durante esos diez años el área destinada á las hortalizas y verduras? No, por cierto. Fué, por el contrario, reducida en cerca de 300.000 acres (3.521.602 en 1885, y 3.225.762 en 1895). ¿O acaso la de los prados artificiales aumentó en proporción á todas estas reducciones? Tampoco. Permaneció casi estacionaria (4.654.173 acres en 1885, y 4.729.801 en 1895). Por último, tomando el conjunto de todo el terreno roturado (17.201.490 acres en 1885, y 16.166.950 en 1895), vemos que, en los últimos diez años, otro millón de acres dejó de cultivarse, sin compensación de ninguna clase, yendo á engrosar la ya enorme área de más de 16 millones de acres—*la mitad del área cultivable*—comprendida bajo la denominación de «dehesas», en general, y de las cuales apenas bastan tres acres para alimentar á una sola vaca de leche!

(1) Hubo un aumento de 1.800.000 cabezas de ganado vacuno, y una disminución de $4\frac{1}{4}$ millones de carneros ($6\frac{2}{3}$ millones, si comparamos el año de 1886 con el de 1868), que correspondería á un aumento de $1\frac{1}{4}$ millón de unidades de reses, porque ocho carneros se consideran como equivalentes á una res. Pero siendo de cinco millones de acres la cantidad de terrenos considerados como improductivos desde 1860, el aumento anterior apenas serviría para cubrir ese área; así que los $2\frac{1}{4}$ millones de acres que habían dejado de cultivarse, dejaron de ser utilizados, siendo una pérdida para la nación.

¿Necesitaré agregar después de eso, que, completamente en oposición a lo que se nos viene diciendo, respecto a convertirse el agricultor británico en «ganadero» en vez de «labrador», ningún aumento en la cantidad del ganado ha habido en los últimos diez años? ¿Y dónde había éste de encontrar el alimento? Lejos de dedicar la tierra libre de cereales, á «hacer carne», la ganadería experimentó una nueva reducción. Tenía 6.597.964 cabezas de ganado vacuno en 1885, y sólo 6.354.336 en 1895; 26.534.500 carneros en 1885, y en 1895 25.792.200. Es verdad que el número de caballos había aumentado: todos los carniceros y tenderos tienen ahora uno «para ir á recibir órdenes á las casas de los parroquianos» (en Suécia y Suiza, dicho sea de paso, lo hacen por teléfono), y, en su consecuencia, la Gran Bretaña tiene 1.545.228 caballos, en vez de 1.408.788 que tenía en 1885. Pero estos animales son importados, así como la avena y una gran parte del heno necesario para su alimentación.

Y si el consumo de carne ha aumentado realmente en este país, eso es debido á la baratura de la importada, y no á la que se hubiera producido en la nación (1). En suma la agricultura no había cambiado de dirección, como se nos ha dicho con frecuencia; lo que verdaderamente ha hecho es descender en todas. Las tierras se van dejando de cultivar con una rapidez peligrosa, mientras que los últimos adelantos en horticultura, cultivo de frutales y cría de gallináceas, son muy poca cosa, si lo comparamos con lo hecho en la misma dirección en Francia, Bélgica y América.

La causa de este movimiento general de declinación es muy clara: es la deserción, el abandono del terruño; todo cultivo que ha necesitado la ayuda del bracero, ha visto su área reducida, y una tercera parte de los campesinos han sido, desde 1861, enviados á las ciudades á reforzar las filas de los parados (2); así que, en vez de hallarse exageradamente poblados los campos de este país, se *mueren por falta de brazos*, como James Cair solía decir. La nación británica no cultiva su suelo; se lo impiden; y los llamados economistas se quejan de que ésta no pueda mantener á sus habitantes!

Una vez tomé un morral á la espalda y salí á pie de Londres, internándome en el país. Había leído la obra de Leonce de Lavergne, y esperaba encontrar el terreno muy densamente cultivado; pero ni en los alrededores de Londres, ni menos aún al Sur, encontré gente en el campo; en algunas partes pude recorrer 35 kilómetros sin atravesar más que monte bajo ó bosques, arrendados para servir de coto de faisanes, «á caballeros londinenses», como decían los trabajadores. «Tierra ingrata», fué mi primera idea; pero después pasé casualmente por algunas granjas, en el cruce del camino, y pude ver que el mismo suelo presentaba una buena cosecha; y mi segundo pensamiento fué: «*tel seigneur, telle terre*», como dicen los campesinos franceses. Más adelante, vi los ricos campos de los Condados centrales; pero ni aun allí encontré el movimiento y la vida que estaba acostumbrado á admirar en los campos belgas y franceses; sin embargo, mi asombro cesó al saber que sólo 1.383.000 personas trabajan en los campos de Inglaterra y Gales, en tanto que más de 16.000.000 pertenecen á la clase «profesional, doméstica, indefinible é improductiva», como dicen estos estadísticos sin entrañas. Un millón trescientos mil seres humanos no pueden cultivar ventajosamente un área de 33.000.000, á menos de no acudir al método empleado en América para el cultivo en grande.

Volviendo, pues, á mi excursión, diré que, tomando á Harrow como su centro, podía

(1) No bajó de 5.577.000 q. m. de vaca y carnero; 1.065.470 carneros y corderos, y 415.565 reses lo importado en 1895.

(2) Trabajadores del campo en Inglaterra y Gales: 2.500.000 en 1861; 1.383.000 en 1884; 1.311.740 en 1891.

dirigirme en todas direcciones sin hallar nada á Oriente ú Occidente, más que praderas que apenas daban dos toneladas de heno por acre, escasamente lo bastante para mantener una vaca de leche en cada dos acres; el hombre brilla por su ausencia en estos prados; en primavera les pasa un pesado rodillo, y los abona cada dos ó tres años, desapareciendo después hasta la época de segar el heno. Y eso, á 10 millas de Charing Cross, próximo á una ciudad de 5.000.000 de habitantes, provista de patatas de Jersey y de Flandes, ensaladas francesas y manzanas del Canadá. En manos de los horticultores parisienses, cada mil acres situados á igual distancia de la capital, serían cultivados, por lo menos, por 2.000 personas, que obtendrían de ellas verduras por valor de 1.250 á 75.000 francos por acre; aquí, sin embargo, el terreno, que sólo necesita el concurso del trabajo humano para convertirse en fuente inagotable de doradas cosechas, permanece inactivo, y se nos dice á cada paso: «¡Arcilla dura!», ignorando que en las manos del hombre no hay terrenos improductivos; que los más fértiles no se encuentran en las praderas americanas ó en las estepas rusas, sino en los eriales de Irlanda, en las dunas de arena de la costa Norte de Francia, y en las escabrosas montañas del Rhin, donde el hombre los ha hecho con sus manos.

Y lo más notable de esto es que en algunas partes indudablemente fértiles del país, las cosas se hallan en peores condiciones aún; sentí una impresión penosa al ver el estado de la agricultura en el Sur del condado de Devon, y al saber lo que «pasto permanente» significa. Campo tras campo están cubiertos sólo de hierba de tres pulgadas de alto y cardos silvestres en profusión; veinte, treinta campos semejantes pueden verse al primer golpe de vista desde lo alto de cada cerro, y miles de acres están en el mismo estado, a pesar de que los abuelos de la generación presente dedicaron una formidable cantidad de trabajo á limpiar esas tierras de piedras, cercarlas, desaguarlas ligeramente y hacerle otras mejoras por el estilo; en todas direcciones se encontraban granjas y arboledas amenazadas de ruina. Una población entera ha desaparecido, y hasta sus últimos vestigios los harán también si las cosas continúan en el mismo estado; y esto ocurre en una parte del país, dotada de un suelo fertilísimo y de un clima que indudablemente es más benigno que el de Jersey en primavera y en los comienzos del verano; tierra de la cual, hasta los más pobres labradores, algunas veces arrancan patatas tempranas en la primera quinta de Mayo.

¿Pero cómo ha de poder cultivarse la tierra, no habiendo quien la labore? «Tenemos campos; los hombres pasan por ellos, pero no entran», me dijo un viejo trabajador; y así es, en realidad (1).

*
*
*

Se dirá, por supuesto, que la anterior opinión forma extraño contraste con la reconocida superioridad de la agricultura británica. ¿Por ventura, no sabemos que las cosechas británicas dan, por término medio, 28 fanegas de trigo por acre, mientras que en Francia sólo llegan á 17? ¿No se encuentra en todos los almanaques, que la Gran Bretaña obtiene anualmente 4.500.000.000 de francos de su producción animal, leche, queso, carne y lana de sus campos? Todo eso es verdad, y es indudable que, en muchos conceptos, la agricultura británica es superior á la de muchas naciones; en cuanto á obtener la mayor cantidad

(1) En los alrededores de la casita donde pasé dos veranos había una granja de 370 acres, con cuatro hombres y dos muchachos; otra, como de 300, con dos y dos; una tercera de 800, sólo con cinco de los primeros, y probablemente igual número de los segundos. En una palabra: el problema de cultivar la tierra con el menor número de brazos posible, se había resuelto allí dejando sin labrar las dos terceras partes.

de productos con la menor cantidad de trabajo posible, la Gran Bretaña, indudablemente, ocupaba el primer lugar, hasta que fué vencida por América; y respecto á lo hermoso de su ganadería, el estado espléndido de sus productos y los resultados obtenidos en determinadas granjas, hay mucho que aprender. Pero un examen más detenido del conjunto de su agricultura pone de manifiesto muchos aspectos de inferioridad; pues, por muy espléndido que sea, un prado siempre será un prado, muy inferior, comparado bajo el aspecto de su producción, con los terrenos de labor; y los hermosos ejemplares de la ganadería aparecen mezquinos desde el momento que cada res necesita tres acres de tierra para alimentarse.

No cabe duda de que hay motivo justificado de admiración por las 28 fanegas que por término medio se dan en el país; pero cuando nos enteramos de que sólo en 1.417.000 acres, de los 33.000.000 cultivables, se produce ese resultado, sufrimos una decepción; cualquiera podría alcanzarlo semejante si pusiera todo su abono disponible en la veintena parte del área que poseyera. Además, las 28 fanegas dejan de tener la misma importancia cuando se llega a saber que, sin abono alguno, y sólo debido á una buena labranza, se ha obtenido en Rothamstead un término medio de 14 fanegas por acre del mismo terreno, durante cuarenta años consecutivos (1), en tanto que, con abonos, se obtuvieron 38 fanegas en vez de 28, y bajo el sistema de la distribución se llegaron á recoger hasta 40; y aun en algunas granjas esta cantidad se elevó, en determinados momentos, á 50 y 57 fanegas por acre.

Si deseamos tener una exacta apreciación de la agricultura británica, no debemos basarla sobre el resultado obtenido en algunos sitios elegidos y bien abonados, sino en todo el país, considerado en su conjunto. Ahora bien; de cada 1.000 acres de todo el territorio de Inglaterra, Gales y Escocia, 418 están por roturar, destinados á bosques, monte bajo, baldío, edificios, etc.; lo que no criticamos, por depender, en gran parte, de causas naturales; en Francia y Bélgica, una tercera parte del suelo está de igual manera considerada incultivable, por más que mucha parte de él se reclama de continuo y se rotura.

PEDRO KROPOTKIN.

(Continuará.)

(Traducción de Salvochea.)



FISIOLOGÍA

Clasificación fisiológica de los ejercicios corporales.

Cantidad de trabajo efectuado durante un ejercicio.—Ejercicios suaves; moderados; violentos.—Cualidad del trabajo en el ejercicio.—Ejercicios de fuerza; de velocidad; de resistencia.—Mecanismo según el cual se ejecutan los diversos ejercicios en uso.

Acabamos de estudiar los efectos generales del trabajo muscular en el organismo. Si

(1) Los *Rothamstead Experiments*, 1888, por el profesor W. Fream, págs. 35 y siguientes.

tratamos de resumir las conclusiones que se desprenden de este estudio, veremos que los resultados del trabajo varían según la dosis á que se soporta y el método á que se le somete.

El ejercicio aplicado sin medida y sin regla conduce á la fatiga bajo todas sus formas y en todos sus grados, y expone la máquina humana á las averías diversas que hemos descrito como accidentes del trabajo.

Por el contrario, el trabajo muscular ejecutado en cantidad cada vez mayor, y siguiendo las reglas del adiestramiento gradual, lleva progresivamente á la adaptación de los órganos á un ejercicio más y más violento. Perfecciona el motor humano, dando á todos sus mecanismos una resistencia mayor y un funcionamiento más fácil.

Tales son los resultados del ejercicio considerado como factor abstracto y reducido á la *cantidad* de trabajo que representa. Pero sólo idealmente se puede aislar el trabajo efectuado por el organismo de los órganos encargados de ejecutarlo. Ahora bien; estos órganos no son siempre los mismos, y no funcionan de la misma manera en todas las formas del ejercicio. Así, los diferentes ejercicios en uso no producen todos efectos idénticos sobre el organismo.

De aquí la utilidad de una clasificación racional de los diferentes ejercicios y la necesidad de hacer una elección entre ellos, según los resultados que se desee obtener.

Se nota, á primera vista, una diferencia entre esos diversos ejercicios; no necesitan todos la misma cantidad de trabajo. Los ejercicios se llaman *violentos*, cuando imponen al sistema muscular esfuerzos considerables repetidos; se llaman *moderados*, cuando sólo exigen una débil cantidad de trabajo. Por último, cuando el trabajo muscular se reduce á su *mínimum*, el ejercicio es *suave*. La carrera es un ejercicio violento, la marcha con paso vivo ejercicio moderado, y el paseo, hecho lentamente, ejercicio suave.

La cantidad de trabajo efectuado es evidentemente el principal elemento de clasificación de los ejercicios corporales, por ser el que ejerce mayor influjo en los resultados. Pero siendo la misma la suma de trabajo soportado por el organismo, no es indiferente, desde el punto de vista higiénico, que este trabajo se haga lentamente ó con velocidad, y que sea continuo sin interrupción ó interrumpido por descansos prolongados. Es importante también saber si el ejercicio exige movimientos complicados y difíciles, si pide la intervención atenta de la voluntad, ó si puede ejecutarse automáticamente y sin que intervengan facultades conscientes.

En fin, además de las diferentes formas del trabajo, importa también determinar el mecanismo del ejercicio, saber qué partes del cuerpo son las encargadas especialmente de ejecutarlo y cuáles se encuentran indirectamente asociadas á él. Este es uno de los puntos menos conocido de la medicación por el ejercicio, porque el análisis de los diversos ejercicios corporales no ha sido aún hecho de una manera satisfactoria. Y, sin embargo, es uno de los más interesantes y más prácticos de esta rama de la higiene, pues del mecanismo íntimo de un ejercicio dependen sus efectos locales. Se prescribe con frecuencia un ejercicio corporal con un fin ortopédico, y no se pueden prever, sin embargo, exactamente los efectos si no se sabe con precisión qué grupo de músculos ejecuta el trabajo, qué articulaciones y qué palancas óseas soportan las presiones y las sacudidas, y por qué actitudes, en fin, el conjunto del cuerpo se asocia al movimiento de las regiones que trabajan.

Una clasificación fisiológica de los ejercicios corporales, que tenga sobre todo en cuenta los efectos producidos por los diversos ejercicios en el organismo, debe tener por base tres elementos: la *cantidad* de trabajo que necesitan, la naturaleza ó la *calidad* de

ese trabajo; y, por último, el *mecanismo* con cuyo auxilio se ejecuta. Pero estos tres elementos de clasificación están combinados de un modo tan vario para los diferentes ejercicios en uso, que no pueden lógicamente servir para agruparlos. Tales ejercicios análogos por la cantidad de trabajo que representan, difieren entre sí por el mecanismo de su ejecución; tales otros, por el contrario, se asemejan por los movimientos y difieren por la intensidad del trabajo.

Así, pues, estos tres elementos: *cantidad, calidad y mecanismo* del trabajo, no se tomarán aquí como base de una clasificación metódica de los ejercicios en uso. Nos servirán más bien de jalones para guiarnos en el análisis fisiológico de esos ejercicios y de indicación cómoda para agruparlos en categorías que respondan á ciertos resultados, ya saludables, ya nocivos, según que sean conformes ó contrarios á las indicaciones del temperamento y del estado morboso del individuo.

FERNANDO LAGRANGE.

Traducción de Ricardo Rubio.

LA HERENCIA PSICOLÓGICA

DE LA MEMORIA Y DE LOS HÁBITOS

II

Las formas del pensamiento, es decir, esos conceptos generales de tiempo, de espacio, de causa, que son la condición necesaria de nuestra actividad mental, ¿son el resultado de la experiencia de la raza, el producto de la herencia? ¿Es preciso considerarlos como casos de memoria hereditaria, que hubieran conservado en más alto grado que la memoria orgánica, un carácter psíquico? No menciono esta hipótesis sino de pasada; la examinaremos más adelante. Debemos atenernos, por el momento, al estudio de los hechos.

Ahora, cuando se busca en la historia ó en los tratados de medicina hechos que establezcan la herencia de la memoria bajo su forma individual, se tropieza con grandes dificultades. Mientras que abundan para la imaginación, la inteligencia, las pasiones, aquí apenas se pueden recoger.

Una enfermedad mental, el idiotismo, nos ofrece, sin embargo, ejemplos. Esta enfermedad, que es hereditaria, como veremos, al menos bajo la forma de atavismo, presenta, entre otros caracteres, una debilidad excesiva de la memoria. Los idiotas no recuerdan en general más que lo que interesa á sus gustos, á sus inclinaciones, á sus pasiones. Pero como esto resulta sin duda de la debilidad de las impresiones sensoriales, esta herencia es el efecto de una transmisión hereditaria más general.

En la historia la misma escasez de ejemplos. Las memorias fabulosas que se citan (Adriano, Clemente VI, Pico de la Mirandola, Escaligero, Mezzofanti, etc.) parecen casos aislados; al menos no podemos seguir su filiación ni remontando ni descendiendo. Encuentro, sin embargo, algunos hechos que notar. Los dos Séneca son renombrados por su excelente memoria; el padre, Marco Aneo, podía repetir dos mil palabras en el orden en que las había oído; El hijo, Lucio Aneo, estaba también especialmente dotado en este respecto, aunque en menor grado. Según Galton, en la familia de Richar Porson, uno de los más notables helenistas de Inglaterra, la memoria era tan notable que había llegado á ser proverbial: *the Porson memory*. El mismo autor tiene razones para creer que una memoria poderosa exacta para todas las cuestiones de pormenor, caracteriza á la

raza judía». Citaré además á una mujer de una de las más grandes familias de Inglaterra, lady Esther Stanhope, que bajo el nombre de Sibila del Líbano llevó una vida tan extraña y aventurera. Entre las muchas semejanzas que existían entre ella y su abuelo, cita ella misma la memoria. «Tengo los ojos grises y la memoria local de mi abuelo. Cuanto éste había visto, una piedra en su camino, la recordaba; yo también.»

Haremos notar que ciertas formas determinadas de la memoria deben ser hereditarias en las familias de artistas. Como veremos más adelante, el talento de la pintura y el de la música se transmiten muy frecuentemente. Persisten algunas veces durante cuatro y cinco generaciones sucesivas; y está claro que no se puede ser un buen pintor sin tener la memoria de las formas y de los colores. ni ser un compositor de mérito sin tener la de los sonidos.

En suma, debemos confesar que los hechos no abundan para probar la herencia de la memoria en sus manifestaciones más elevadas. ¿Hay que deducir de ello que esta forma de la herencia es más rara que cualquier otra? No lo creemos, y hasta por nuestra parte nos inclinamos á la opinión contraria. ¿Cómo, pues, explicar esta escasez de documentos?

La memoria, á pesar de su incontestable utilidad, no representa en la vida humana, y por consecuencia en la historia, más que un papel secundario, pasajero. No produce obras, como la inteligencia y la imaginación, ni acciones brillantes como la voluntad. La memoria no se manifiesta materialmente, como una deformidad sensorial. No cae bajo la acción de la ley, como las pasiones. No es del dominio de la medicina, como las enfermedades mentales. ¿Por dónde, pues, tomarla? Desde luego la escasez de documentos no debe chocar. Pero puede esperarse que, á medida que el asunto de la herencia mental, muy descuidado hasta ahora, sea mejor estudiado, la atención se dirigirá hacia este lado y se comprobará superabundantemente la herencia en éste como en los demás respectos.

CH. RIBOT.

CRÓNICA CIENTÍFICA

La navegación aérea.—Nuevos fracasos.—Animales mecánicos.—Caballo autómatas.

Terreno común.—Nuevos acumuladores de Edison y de Walther Strowger.

Anuncié hace algún tiempo que un joven español, el Sr. Vergara, dirigía en Escocia, en casa de los hermanos Denny, la construcción de un pájaro mecánico, destinado en su concepto y en el de los constructores, á resolver el problema de la aviación. Por desgracia el problema ha quedado por ahora sin solución, como lo han demostrado los experimentos que acaban de hacerse, inmediatamente después de terminada la máquina. Se ha elevado en el aire, es cierto; pero ha sido imposible dirigirle. El inventor no se desanima por eso; afirma, por el contrario, que la elevación de su pájaro ha probado la precisión del principio que le sirve de fundamento, y que se trata sencillamente de algunas modificaciones: de construir un motor ligero.

¡Cómo quien no dice nada! ¡Un motor ligero! Si precisamente en eso consiste el problema. El conde Zeppelin, que también, tras un nuevo fracaso, acaba de aplazar para el año que viene sus interesantes experimentos sobre la dirección de los globos, tropezó con la misma dificultad.

La aviación cuenta por el momento con más partidarios que la dirección de los globos; el ave vuela, dicen, aunque sea más pesada que el aire; ¿por qué no ha de volar una ave mecánica? Por lo demás, preciso es reconocer que se han hecho grandes progresos en la construcción de autómatas: hasta el punto de que, sensibilidad aparte, podría darse el caso de que la muñeca de Audran dejase de ser una quimera.

Entre los animales mecánicos más notables, recordamos el caballo autómatas que M. Rygg, ingeniero americano, construyó no hace mucho tiempo: esta ingeniosa imitación del natural, mueve sus patas por la acción de una cadena impulsada por dos manivelas, que se les hace dar vueltas, situadas en las orejas. Su armazón hueca, representando el cuerpo de un caballo, tiene en su centro una rueda dentada que comunica el movimiento á todos los órganos, y cuyo eje tiene dos manivelas á las que se fijan unas bielas terminadas por pedales, y pedaleando se mueve este mecanismo: he aquí un caballo que marcha algo tieso y con poca gracia, pero con docilidad: inclinando su cabeza, colocada sobre un vástago relacionado con el mecanismo, se obtiene un cambio de movimiento á derecha ó á izquierda; por último, el corcel lleva unos cascos ligeramente articulados, de caucho, con objeto de evitar los resbalones y las reacciones demasiado duras.

Como el caballo de M. Rygg, el ave del Sr. Vergara, carecía de motor y también se movía pedaleando; pero ha sido preciso reconocer que, lo que bastaba para máquinas que tienen punto de apoyo tan sólidos como la tierra ó como el agua—porque hay triciclos acuáticos—, era insuficiente para sostenerse y dirigirse en un medio como la atmósfera. Estamos, pues, como al principio.

En resumen: nos hallamos, á corta diferencia como estábamos al día siguiente de los famosos experimentos de los capitanes franceses Renard y Krebs.

*
*
*

Se ve que los partidarios de la dirección de los globos se encuentran en un terreno común con los defensores de la aviación: en la necesidad de poseer un motor á la vez muy ligero y de extrema potencia, ó acumuladores de mucha duración que surtan el mismo efecto.

Edison lo ha comprendido perfectamente, y aunque, después y con otros inventores, el proyecto de un navío aéreo provisto de alas y destinado á dar la vuelta al mundo, lo cierto es que la ave mágica no ha salido aún de su nido, ni saldrá probablemente hasta el día en que el célebre inventor americano haya encontrado un nuevo motor ó un nuevo acumulador que llene las condiciones requeridas.

¿Se hallará en este caso la nueva batería de acumuladores al cadmio que el mismo Edison acaba de inventar? Nuestro colega M. G. Roux opina que esta batería inaugura una revolución en esta clase de invenciones: obvia, en efecto, los inconvenientes de los acumuladores empleados hasta el presente, reduce á la mitad el peso de los aparatos, suprime las nueve décimas partes de las causas de deterioro, y llega á resultados que exceden con mucho á toda previsión.

No sólo las baterías que se emplean actualmente son muy pesadas, sino que los agentes químicos las inutilizan pronto, y por si estos inconvenientes fueran pocos, aun falta añadir que casi la mitad de la energía se pierde, so pena de perder batería y todo.

Edison reemplaza los materiales pesados con placas complementarias de cobre y de cadmio, y consigue así reducir considerablemente la cantidad de líquido que absorbían las baterías de los antiguos modelos, y por tanto, las ventajas reconocidas á los nuevos acumuladores son inapreciables y pueden expresarse así: menos coste, más ligereza, más facilidad para la descarga, doble energía con el mismo peso—, condición esta última muy

preciosa para los voladores—, no hay desgaste y se obtiene mayor facilidad en la maniobra. Más aún; con estos acumuladores, los choques no afectan á los circuitos, mientras que con las antiguas baterías el menor tropiezo causaba siempre un cortocircuito: todos los conductores de automóviles tienen de ello desagradable experiencia.

Por medio de una fuerte corriente, Edison obtiene el cadmio muy puro y muy finamente dividido, por la electrolisis, de una débil solución de sulfato de cadmio entre un hilo fino de platino como cátodo y una hoja de cadmio como ánodo. El cobre se reduce á polvo finísimo, tratando por el hidrógeno el carbonato cúprico. Este polvo de cobre se vierte bajo una ligera presión en los delgados bloques que se encajan exactamente en las bolsas ó reservorios.

Las placas se calientan en seguida en un compartimiento bien cerrado; durante seis ó siete horas, á 20° centígrados como minimum, hasta que se produzca un óxido de cobre. Este se transforma en metal por la electrolisis.

Edison se manifiesta muy satisfecho de su invento, persuadido de que su nuevo acumulador es lo más importante que ha construido después de su invento de la luz eléctrica incandescente, y espera de él grandes beneficios.

Pero he aquí que un rival, Mr. Walter Strowger, electricista americano muy conocido, acaba de inventar una batería superior, según él mismo asegura, muy superior á la de Edison: más ligera, más poderosa y más barata, que resiste á cambios más considerables que los que pueden soportar las baterías empleadas hasta el día, y que se cargan en media hora.

Según telegrama que leemos en el *Daily Mail*, de su corresponsal en New-York, Mr. Strowger se ha comprometido á construir una locomotora eléctrica, provista de su batería de acumuladores, y capaz de arrastrar «L'Empire Express», de Rochester á New-York, á una velocidad superior á la de la actualidad. Conste que entre las ciudades americanas citadas hay 500 kilómetros.

Si M. Strowger mantiene sus compromisos, el progreso realizado será enorme y habrá eclipsado la gloria de Edison.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

SE VOLVIERON LAS TORNAS

Comedia en dos actos, por William Morris.

(Continuación)

FISCAL.—Le oísteis concertándose con otros para el levantamiento de las clases inferiores?

POLICÍA.—Sí, señor; y en una ocasión que le encontré en la taberna entré en conversación con él, y me dijo que en su sociedad eran más de dos millones. (*Juan Liberto se sentó.*)

UN JURADO.—(*Con ansiedad.*) ¿Armados?

POLICÍA.—Dijo que había armas dispuestas para ellos.

FISCAL.—¿Averiguásteis dónde?

POLICÍA.—Sí, en el local de la Comisión Federal.

FISCAL.—¿Las buscásteis allí?

POLICÍA.—Sí.

FISCAL.—¿Las encontrásteis?

POLICÍA.—No; sólo encontramos objetos de imprenta, algunos muebles viejos, tres cajistas y un muchacho.

FISCAL.—¿Los prendísteis?

POLICÍA.—No; creímos mejor no hacerlo.

FISCAL.—¿Se opusieron á que registrárais?

POLICÍA.—No.

FISCAL.—¿Qué hicieron?

POLICÍA.—Me miraron de reojo, y dijeron: «¡Vendido!».

FISCAL.—¿Queriendo decir, sin duda, que habían tenido noticias del registro y que habían vendido las armas?

POLICÍA.—Eso presumimos nosotros.

JUEZ.—(*Tomando nota.*) No encontraron las armas porque se habían vendido.

FISCAL.—Bien, policía; eso basta.

JUEZ.—Acusado: ¿desearís hacer alguna pregunta al Policía?

LIBERTO.—No lo sé. Sospecho mucho que habéis ya resuelto de qué modo ha de proceder el Jurado; así que todo será inútil. Sin embargo, voy á hacerle tres preguntas: Policía, ¿en cuánto apreciáis el número de los presentes en el camino de Kent, que yo obstruí?

POLICÍA.—En más de mil.

LIBERTO.—¿Cuántos había presentes en el mitín de la Federación cuando preparábamos el complot para obligar á la reina á meterse á lavandera?

POLICÍA.—Más de doscientos.

LIBERTO.—Cuando os dije después en la taberna que éramos más de dos millones, ¿estábais fresco ó borracho?

POLICÍA.—Fresco.

LIBERTO.—Y yo, ¿cómo estaba?

POLICÍA.—Borracho.

LIBERTO.—Estoy intentado por creerlo; esto basta, señor policía; no quiero molestar por más tiempo vuestra venta de capacidad; hemos concluido.

ESCENA IX

(Se llama al JEFE DE POLICÍA.)—DICHOS MENOS POLICÍA 1.º—Entra el JEFE DE POLICÍA.

FISCAL.—¿Habeis oído hablar al acusado?

JEFE.—Sí, señor.

FISCAL.—¿Dónde?

JEFE.—En varios sitios; entre ellos, en el camino de Kent, donde le detuve.

FISCAL.—¿Qué estaba haciendo?

JEFE.—Estaba subido en un banco, perorando.

FISCAL.—Sí, perorando, ¿Como á cuánta gente?

JEFE.—Sobre á unos mil.

FISCAL.—¿Pudísteis aproximaros á él?

JEFE.—No mucho.

FISCAL.—¿Podéis decirme lo que estaba diciendo?

JEFE.—Sí; dijo que toda la gente rica y los tenderos (*mirando al Jurado*) deberían ser

desentrañados y desollados vivos, y que todo estaba preparado, no faltando más sino que os trabajadores se pusieran de acuerdo. Después entró en pormenores respecto al punto donde deberían reunirse varios destacamentos á fin de apoderarse del Banco de Londres y prender á la reina; amenazando también con destruir la «venta de capacidad» de S. E., lo cual, creo, se refiere á su cráneo.

JUEZ.—¿Su? ¡Mi cerebro, queréis decir!

JEFE.—No, excelentísimo señor; porque él dijo que no teniais ninguno.

FISCAL.—¿Le encontrásteis algunos documentos ó papeles cuando fué arrestado?

JEFE.—Sí; tenía un gran paquete de ejemplares de *El Grito del Pueblo*.

FISCAL.—¿Como éste? (*Mostrando un número.*)

LIBERTO.—(*Aparte.*) Sí; los que no pude vender.

FISCAL.—Introducimos este periódico en la causa, excelentísimo señor. S. E. notará la vileza de las teorías incendiarias que contiene; llamando más especialmente vuestra atención sobre este artículo, cuyo autor, como veréis, está terriblemente familiarizado con el uso de la dinamita. (*El juez lee entre dientes «Los males de la civilización.»*) Señores del Jurado, esta es nuestra conclusión.

JUEZ.—(*Levantando la vista del periódico.*) Acusado, ¿qué tenéis que decir? ¿Tenéis algún testigo?

LIBERTO.—Sí los tengo; pero tengo algo que decir. Se me acusa de obstruir la vía pública; pero no argüiré sobre este punto, pues no ganaría nada con probar lo contrario. Se me acusa de ser socialista y revolucionario. Y bien; si vosotros y la clase á que pertenecéis, supiéseis lo que es el socialismo, sabrís también las condiciones del estado presente, y lo necesaria que es la revolución. Así es que, si es un crimen el ser socialista y revolucionario, yo he cometido ese crimen; pero de lo que se me acusa es de ser un necio, lo cual no es verdad. Y mis testigos os demostrarán, señores del Jurado, que la evidencia presentada contra mí es un conjunto de falsedades estúpidamente coordinadas. Esto ellos lo demostrarán, si vosotros sois hombres de recta conciencia y comprendéis vuestra situación, al formar parte del Jurado, lo cual temo que no suceda. Pero, después de todo, no será la primera vez que el juez usurpa las funciones del Jurado, y yo iría muy contento al presidio si supiese que era la última. (*Se para como para escuchar. Se oyen ruidos confusos, y á lo lejos los acordes de la Marsellesa. Aparte.*) ¿Qué será? No; no es nada.

JUEZ.—Acusado, ¿qué os pasa? Parece que estáis ebrio; y verdaderamente espero que así sea, pues no podría explicarse de otro modo lo brutal de vuestro lenguaje.

LIBERTO.—No hay que alterarse por tan poco; creí oír un eco; eso es todo; pero no diré más. Llamad al arzobispo de Cantorbery. (*Vase el jefe de policía.*)

ESCENA X

DICHOS MENOS JEFE DE POLICÍA.—Entra el ARZOBISPO y jura.

LIBERTO.—¿Estuvisteis presente en el mitin del camino de Kent, donde fué arrestado?

ARZ.—Sí; aunque parezca raro, allí estaba yo. Era un domingo por la mañana y necesitaba refrescarme un poco después de los oficios eclesiásticos; tomé, pues, un carruaje, con el pretexto de ir á pagar una visita á mi hermana, y habiendo oído hablar mucho de esos mitins socialistas, me dirigí á uno de ellos para mi instrucción y conveniencia; pues yo creo que en estos tiempos, aun aquellos que ocupan las más altas dignidades de la Iglesia, deben interesarse en las cuestiones sociales.

LIBERTO.—¿Os gustó lo que vísteis y oísteis?

ARZ.—Confieso que sufrí un desengaño.

LIBERTO.—¿Por qué?

ARZ.—¡Ah! Por lo extremadamente reducido del auditorio.

LIBERTO.—¿Habrá mil personas presentes?

ARZ.—(*Con gravedad.*) Os pido no os chanceéis conmigo en el sagrado recinto de la Audiencia. Si la memoria no me es infiel, al empezar vuestro discurso había presentes tres personas; esto quedó impreso en mi memoria por las palabras duras y groseras que dijisteis al subir sobre el banco al amigo que os acompañaba, quien tenía bajo el brazo un rollo de un periódico muy peligroso y censurable, llamado *El Grito del Pueblo*, de los cuales me obligó á comprar uno.

LIBERTO.—Y bien; ¿qué fué lo que yo dije?

ARZ.—Dijisteis: «Buena la hemos hecho, Guillermo; trabajo y no poco es tener que hablar á un poste, á un cabrito y á un viejo hipopótamo». La última de estas vulgaridades aludía á mí, según pude entender.

LIBERTO.—Sí; así fué, en efecto. Ahora permitidme que os pregunte si el camino de Kent es paraje muy frecuentado.

ARZ.—Por el contrario; al menos en la mañana que yo estuve allí, había una especie de silencio sepulcral, apenas interrumpido por vuestra arenga.

LIBERTO.—¿Oísteis bien lo que dije?

ARZ.—Sí, y por cierto que me indignó bastante.

LIBERTO.—¿Dije yo algo respecto á entrañas?

ARZ.—Siento decir que sí.

LIBERTO.—¿Recordáis las palabras que usé?

ARZ.—Perfectamente. Dijisteis, extendiéndooos mucho, y con una galanura de lenguaje más que problemática, que el capital no tenía entrañas para el trabajador, ni sus dueños tampoco; y puesto que nadie se ha de ocupar de ellos, los trabajadores deben ayudarse mutuamente y poner mano en el asunto.

JUEZ.—(*Tomando nota.*) Dueños del capital; el trabajador debe tomar... tomar el asunto... en sus propias manos.

LIBERTO.—Hemos concluido. Nada más tengo que preguntaros.

FISCAL.—Perdonad, excelentísimo señor; desearía haceros una pregunta.

ARZ.—Tendré mucho gusto en contestarla.

FISCAL.—Decíais que el auditorio era muy reducido; eso fué al principio; pero, ¿no aumentó después con el tiempo?

ARZ.—Sí, un vendedor ambulante de helado colocó allí su banquillo, y dos policías, estos señores, llegaron también, así como unas diez personas más permanecieron hasta el final del discurso.

FISCAL.—(*Aparte.*) ¡Diantre, qué minucioso es este viejo ridículo! Veamos si se puede sacar partido por otro estilo. (*Dirigiéndose al arzobispo.*) S. I. dijo que se habta indignado al oír lo dicho por el acusado; ¿cuál fué la naturaleza de su discurso?

ARZ.—Siento tener que decir que fué un conjunto del más terrible incendiario, dicho como la cosa más sencilla del mundo, y con tal carácter de naturalidad, que hizo crispár mis nervios y me puso los pelos de punta. A pesar de sus persistentes ataques á la propiedad, no por eso perdonó á otras cosas sagradas; hasta se atrevió á dirigirme un ataque personal, manifestando (equivocadamente) la cantidad de mi moderado sueldo. Casi se me figura que me reconoció, aunque yo estaba algo disfrazado.

FISCAL.—Doy las gracias á S. I. Esto es suficiente. (*El arzobispo saluda y vase.*)

LIBERTO.—Ahora llamo al conde de Casablanca.

ESCENA XI

DICHOS menos el ARZOBISPO.—Entra el CONDE y jura.

LIBERTO.—¿Estuvisteis presente de incógnito en un mitin de la Federación?

CONDE.—Sí; ¿qué os importa? ¿Para qué queréis saberlo? Sí, estuve, y ¿qué?

LIBERTO.—¿Quién os llevó allí?

CONDE.—Un policía, que por cierto es un embustero. Me dijo que sería interesante aquello, y por eso fui.

LIBERTO.—¿Y lo fué en efecto?

CONDE.—No; fué muy aburrido.

LIBERTO.—¿Cuántos había presentes?

CONDE.—Diez y siete. Los conté por entretenerme en algo.

LIBERTO.—¿Trataron de algo terrible?

CONDE.—Por mi parte, no oí decir nada de eso. Allí estuvieron fumando y diciendo necedades sin importancia, y chistes, de los cuales muchos se reían, y cuya gracia no pude comprender, hasta que, cansado de aquello y aburrido, me marché.

LIBERTO.—Os doy las gracias.

FISCAL.—Señor conde, deseo haceros una pregunta. ¿Decís que no pudisteis entenderlos cuando hablaban seriamente?

CONDE.—No, no pude; verdad es que no lo intenté tampoco. No quiero saber nada de socialismo; no pertenece á nuestra época. (*Saluda y vase.*)

ESCENA XII

DICHOS menos el CONDE.—Entra un PERIODISTA y jura.

LIBERTO.—Señor periodista, ¿me habéis visto antes de ahora?

PERIOD.—Sí; os he visto en una taberna adonde fui á recoger las opiniones de las clases inferiores respecto á la política.

LIBERTO.—¿Con quién estaba yo?

PERIOD.—Estábais con un hombre que me dijeron era un policía en traje de paisano, y con algunos otros que presumo eran amigos vuestros, pues les hacíais señas y señales de inteligencia, riéndoos todos al hablar con el policía.

LIBERTO.—¿Está él aquí presente?

PERIOD.—Sí, ahí está.

LIBERTO.—¿Estaba borracho, ó no?

PERIOD.—Borracho.

LIBERTO.—¿Y yo?

PERIOD.—Así, así.

LIBERTO.—Gracias.

FISCAL.—Una pregunta, señor periodista. ¿Osteis lo que el acusado decía al policía quien, como es de suponer, sólo estaba embriagado en apariencia?

LIBERTO.—(*Aparte.*) Entonces hacía su papel perfectamente.

PERIOD.—Sí, lo oí; ponderaba la extensión é importancia de la organización socialista.

FISCAL.—¿Y lo creísteis así? ¿Os sorprendieron tales afirmaciones?

PERIOD.—De ningún modo; me parecieron las naturales consecuencias de la política actual. En cuanto á creerlas, bien sabía que se bromeaba; pero comprendí que sus chan-

zas encerraban algunas grandes verdades. Me pareció un hombre resuelto, astuto y verdaderamente peligroso.

FISCAL.—Os doy las gracias, señor. *(El periodista saluda y vase.)*

ESCENA XIII

DICHOS menos el PERIODISTA.

JUEZ.—Acusado, ¿queréis reexaminar á los testigos? ¿Qué ruido es ese? ¡Deberían arrestarlos! *(Se oye fuera otra vez la Marsellesa y el tumulto que se aproxima. Liberto escucha atentamente, sin hacer caso de lo que le dice el juez.)* Acusado, ¿por qué no contestáis? Aquí no os ha de servir vuestra insolencia, os lo aseguro.

LIBERTO.—Estaba escuchando; creí haber oído ese eco otra vez.

JUEZ.—¡Ese eco otra vez! ¿Qué quiere eso decir? Creo que estáis ebrio, que habéis estimulado vuestro valor con el alcohol.

UNA VOZ.—¡Ten cuidado con el tuyo, viejo bribón; tal vez muy pronto lo necesitéis!

JUEZ.—¡Arrestar á ese peligroso extranjero! *(El ujier se pasea una vez más.)* *(Aparte.)* No me gusta esto. Temo que vaya á pasar algo. *(Al público.)* Señor fiscal.

FISCAL.—Excelentísimo señor y señores del Jurado: después de la declaración del acusado, poco me resta que decir. Sólo diré, señores del Jurado, que estoy convencido de que cumpliréis vuestro deber. Respecto á la evidencia, no necesito hacer largos comentarios sobre ella porque estoy seguro que S. E. me evitará ese trabajo *(aparte)* haciéndolo él con los pies. *(Al público.)* Es su costumbre, laudable costumbre, el conducir á los jurados á través de las intrincadas redes que aprisionan el entendimiento de los profanos al tratar estas cuestiones. Por lo demás, apenas necesito señalaros el peso del irrefutable testimonio del jefe de policía y sus subordinados, hombres acostumbrados á presentar esas partes de los hechos que caen bajo su conocimiento y que de tanto peso son. No os insultaré, excelentísimo señor, llamando la atención de los señores inteligentes que me escuchan sobre las declaraciones de los ilustres personajes molestados por el acusado, los cuales, lejos de afectar las evidencias oficiales, vienen más bien á confirmarlas. *(Aparte.)* ¿A qué vendrá tanto ruido? Quisiera estar en mi casa y no aquí. Señores del Jurado, una vez más, repito, que espero de vosotros cumpláis vuestro deber y os defendáis de los planes sanguiñarios, del revolucionario peligroso que se halla ahora en vuestra presencia. *(Aparte.)* Bien, ya he concluido, y mientras más pronto me vaya, mejor; algo debe ocurrir en alguna parte. *(Saluda y vase.)*

WILLIAM MORRIS.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

(Continuará.)

PARIS

Volvió la cabeza, y miró la gran ciudad por la ventana, desde donde se veía á lo infinito, siempre allí, siempre animada con su vida colosal. Y en aquella hora, bajo el sol oblicuo de la tarde de invierno, París estaba como sembrado de un polvo luminoso, cual si alguna mano invisible, oculta en la gloria del astro, le hubiese arrojado á manos llenas, dejándole caer por todas partes como una lluvia de oro. El inmenso campo estaba cubierto; el caos sin fin de los tejados y de los monumentos parecía una tierra de labor, cuyos surcos se hubieran hecho por algún arado gigantesco; y el abate, poseído de su malestar

agitado por una necesidad de invencible esperanza, preguntóse si aquel París, inundado por la luz del divino sol, no sería el campo donde se cosecharía al fin la verdad y la justicia de que desesperaba.

Pedro se levantó, por último, y se marchó, prometiendo volver si las noticias llegasen á ser malas. María le acompañó hasta la puerta de la calle, y allí se produjo en ella bruscamente una de esas confusiones de niña que la molestaban tanto; se ruborizó vivamente cuando quiso, ella también, enviar una palabra de afecto al herido; pero al fin la pronunció valerosamente, con los ojos alegres y cándidos, fijos en los del sacerdote.

—Hasta la vista, señor abate—exclamó—; diga usted á Guillermo que le amo y que le espero.

III

Tres días transcurrieron. En la casita de Neuilly, Guillermo, abrasado por la fiebre, sujeto en aquella cama, y devorado por la impaciencia, sentíase poseído de una ansiedad creciente todas las mañanas, al recibirse los diarios. Pedro había querido ocultarlos; pero observó que esto atormentaba más á su hermano, y él mismo debía leer todo cuanto se publicaba sobre el atentado en las interminables columnas de los periódicos.

Jamás había invadido á la prensa semejante desbordamiento. *El Globo*, tan prudente, tan grave de ordinario, se dejaba llevar como los demás, cediendo á ese acceso de locura producido por el afán de informar; pero era necesario ver los diarios sin escrúpulos, sobre todo *La Voz del Pueblo*, que explotaba la fiebre pública, invadiendo la calle para vender más. Todas las mañanas se daba algún nuevo invento, alguna espantosa historia para trastornar á todo el mundo. Refértase que diariamente se dirigían al barón Duvillard groseras cartas llenas de amenazas, anunciándole que se iba á dar muerte á su mujer y á sus hijos, asesinandole á él mismo; que se volaría su palacio; y tanto se dijo, que este último estaba custodiado día y noche por una nube de agentes de policía vestidos de paisano. O bien se trataba de un asombroso invento, de una cloaca inmediata á la Magdalena, á la que algunos anarquistas habían bajado, minando todo el barrio para llevar allí toneles de pólvora, un volcán que debía destruir la mitad de París. Por otra parte, afirmábase que se había descubierto la trama de una inmensa conspiración que comprendía la Europa entera, desde el fondo de Rusia hasta el de España y cuya señal partiría de Francia; se trataba de una matanza de tres días, barriendo los bulevares con metralla; y las aguas del Sena se enrojecerían con sangre. Gracias á esta inteligente tarea de la prensa, el terror reinaba en todas partes; los extranjeros, espantados, abandonaban en masa sus alojamientos, y París no era más que un manicomio, donde merecían crédito las más imbéciles pesadillas.

Mas no era esto lo que perturbaba á Guillermo, que solamente pensaba en Salvat, y en las nuevas pistas de que los diarios hablaban. No se le había detenido aún, y hasta entonces ni siquiera el menor informe había indicado que se estuviera sobre sus huellas; pero de repente Pedro leyó un suelto que hizo palidecer al herido.

—¡Toma!—exclamó—parece que se ha descubierto entre los escombros, bajo el pórtico del palacio Duvillard, un útil, un punzón en cuyo mango se leía el nombre de Grandidier; es un fabricante muy conocido, y debe comparecer hoy ante el Juzgado de instrucción.

Guillermo hizo un ademán de sobresalto.

—Vamos—dijo—, esta vez siguen la buena pista. Seguramente Salvat dejó caer ese instrumento, ha trabajado en casa de Grandidier antes de hacerlo algunos días conmigo... y por Grandidier averiguarán, bastándoles entonces seguir el hilo.

Pedro se acordó entonces de aquella fábrica de Grandidier, de la cual había oído hablar en Montmartre, y en la que Tomás, el hijo mayor de Guillermo, trabajaba algunas veces aun después de terminar su aprendizaje; pero no se atrevió á interrogar á su hermano, cuyas angustias comprendía, aunque exentas de todo vil temor personal.

—Precisamente—repuso Guillermo—tú me has dicho que Tomás iba á trabajar á la fábrica durante mi ausencia, con motivo de ese nuevo motor que él busca, y que casi ha encontrado; y si se hacen averiguaciones y le interrogan, no querrá contestar, defendiendo su secreto... ¡Oh es preciso prevenirle, avisarle al punto!

Pedro, complaciente, se ofreció, sin obligar á Guillermo á precisar su deseo.

—Si quieres—dijo—iré á ver á Tomás á la fábrica esta tarde, y al mismo tiempo encontraré tal vez á Grandidier, por el cual puedo saber lo que se ha dicho en el Juzgado de instrucción, y cómo está el asunto.

Con los ojos húmedos, y con un tierno apretón de manos, Guillermo dió las gracias al abate.

—Sí, sí, hermano—contestó—haz eso, y serás generoso.

—Sí—continuó el sacerdote—; lo haré con tanta más razón cuanto que hoy quería ir á Montmartre... Sin decirte nada, me acosa una preocupación, y es que si ese Salvat ha huido, habrá dejado á la mujer y á la niña solas. Las vi en la mañana del atentado en tal miseria y desnudez, que no puedo pensar en esas pobres criaturas abandonadas, muriéndose de hambre tal vez, sin que se me angustie el corazón... Cuando el hombre no está allí, la niña y la mujer no tienen amparo de nadie.

Guillermo, que conservaba entre sus manos la de Pedro, estrechóla más, y le dijo, con voz temblorosa:

—Sí, sí, eso es bueno y bondadoso... Hazlo así, hermano; hazlo así.

Aquella casa de la calle de los Sauces, aquella vivienda de miseria y sufrimiento, había quedado impresa en la memoria del abate como la abominable cloaca en que el París pobre agonizaba; y aquella tarde, cuando volvió, encontróla en el mismo estado de suciedad, con el cieno de la otra vez, el patio lleno de las mismas basuras, las escaleras negras, húmedas y pestilentes, por el mismo abandono y la misma miseria. En invierno, cuando los hermosos barrios del centro están ya secos, los barrios de los pobres se limpian; pero allí abajo permanecen sombríos y fangosos.

Conociendo la escalera de los Salvat, Pedro subió por ella, en medio de los gritos de niños que lloraban, callándose después de repente, y dejando la casa silenciosa como una tumba. En aquel momento se acordó de Laveuve, muerto allí como un perro, y estremeciése de pies á cabeza cuando al llamar á la puerta de Salvat no obtuvo contestación. No se oía allí absolutamente nada.

Entonces llamó de nuevo, y como todo continuara silencioso, pensó que no había nadie. Tal vez Salvat había vuelto en busca de la mujer y de la niña ó acaso le siguieran á otra parte, para ocultarse en algún agujero en tierra extraña. Sin embargo, esto le chocaba, pues los pobres no suelen trasladarse apenas, y mueren donde sufren; pero llamó nuevamente por tercera vez.

Al fin, en medio del silencio, oyóse un ligero rumor de pasos, y después una voz débil de niña preguntó:

—¿Quién llama?

—El señor abate.

De nuevo se produjo el silencio; nada se oía ya; sin duda vacilaban.

—El señor abate que vino el otro día—dijo Pedro

Esto debió poner término á toda incertidumbre; entreabrióse la puerta y la niña Celina dejó entrar al sacerdote.

—Dispense usted, señor abate—dijo—; mamá Teodora ha salido, recomendándome mucho que no abra á nadie.

Por un momento, Pedro imaginó que Salvat se hallaba allí sin duda; pero de una ojeada examinó la única habitación donde se aglomeraba la familia. La madre Teodora debía temer la visita de la policía. ¿Habrá vuelto á ver al padre? ¿Sabía dónde se ocultaba? ¿Había vuelto éste para abrazar y tranquilizar á las dos?

—¿No está aquí tampoco tu papá, niña?—preguntó Pedro.

—¡Oh! no—señor abate—; tenía que hacer varias cosas y ha marchado.

—¿Cómo marchado?

—Sí, no ha venido á dormir, ni sabemos dónde está.

—Tal vez trabaja...

—¡Oh! no, porque enviaría dinero.

—Acaso está de viaje.

—No lo sé.

—¿Y sin duda habrá escrito á mamá Teodora?

—Lo ignoro.

Pedro dejó de preguntar, un poco avergonzado de haber querido hacer hablar á una niña de once años, que se hallaba sola. Podía ser muy bien que no supiese nada, y que Salvat no hubiera enviado noticias de su persona por prudencia. Celina parecía muy sincera, con su mirada inteligente, y esa expresión grave que la extremada miseria comunica á los niños.

—Es enojoso que la señora Teodora no esté aquí—dijo Pedro—, pues descaba hablarla.

—Pero señor abate, si usted quiere esperarla... Ha ido á casa de mi tío Toussaint, calle de Marcadet, y no puede tardar en volver, pues hace más de una hora que salió.

Y desocupando una silla que estaba llena de pedazos de madera, recogidos tal vez en algún solar, se la ofreció al abate.

En aquella habitación, sin fuego, y de una desnudez glacial, evidentemente no había tampoco pan; y reconócese la falta del hombre, la desaparición de aquél que es la voluntad y la fuerza, en el cual se confía aun después de varias semanas de huelga. El hombre sale, recorre la ciudad, y con frecuencia acaba por traer lo más necesario, la corteza de pan que se reparte y que impide la muerte; pero una vez fuera el hombre, el abandono es completo, la mujer y el niño quedan sin sostén ni apoyo.

Pedro, sentado delante de aquella pobre criatura de ojos azules y lípidos, y cuya boca acababa por sonreír, no pudo menos de interrogarla de nuevo.

—¿No vas á la escuela, hija mía?—preguntó.

Celina se ruborizó un poco,

—No tengo zapatos para ir—contestó.

Y el abate pudo observar, en efecto, que no tenía en los pies más que unos calcetines rotos, de los cuales salían los pequeños dedos amoratados de frío.

—Además—continuó la niña—mamá Teodora dice que no se va á la escuela cuando no se come... Ella ha querido trabajar, pero no puede, porque en seguida le lloran los ojos... Por eso no sabemos qué hacer; desde ayer no tenemos nada, y todo habrá concluído si mi tío Toussaint no puede prestarnos un franco.

La niña sonreía siempre sin darse cuenta de ello, mientras que dos gruesas lágrimas humedecían sus ojos. Y era tan angustioso ver aquella niña encerrada en una habitación

vacía, y como separada de los felices, que el sacerdote, trastornado, sintió despertarse en el su furiosa cólera contra la miseria, esa necesidad de justicia social, única cosa que le apasionaba ahora, después de perdidas todas sus creencias.

Al cabo de diez minutos se impacientó, pensando que debía ir después á la fábrica de Grandidier.

—Es muy extraño que mamá Teodora no este de vuelta ya—repetía Celina.

Y de pronto la ocurrió una idea.

—Si usted quiere, señor abate, voy á conducirle á casa de mi tío Toussaint; es aquí al lado, al dar vuelta á la esquina.

—Pero no teniendo tú zapatos, hija mía...

—¡Oh! no importa, ya puedo andar así.

El abate se había levantado, y limitóse á contestar:

—¡Pues bien! mejor será; condúceme, y de paso te compraré zapatos.

Celina se ruborizó mucho; pero apresuróse á seguir á Pedro, después de cerrar cuidadosamente la puerta, dando dos vueltas á la llave, como buena ama de casa, que no tenía sin embargo, nada que guardar.

La madre Teodora, antes de llamar á la puerta de Toussaint, su hermano, para pedirle dinero, tuvo la idea de probar fortuna primeramente dirigiéndose á su hermana menor Hortensia, casada con un empleado, y que vivía en el bulevar Rochechouart; pero este era asunto grave, y no se había decidido á dar este paso sin temblar, impulsada por la idea de que Celina la esperaba en ayunas desde la víspera.

Toussaint, el mecánico, el hermano mayor, tenía cincuenta años, y era hijo de un primer matrimonio. Al enviudar su padre, había vuelto á casarse con una costurera muy ovejuna, que le dió tres hijas, Paulina, Leonia y Hortensia, lo cual explicaba cómo la mayor, Paulina, contaba diez años menos que Toussaint, y Hortensia, la menor, diez y ocho. Cuando su padre murió, Toussaint tuvo por lo pronto á su cargo á la madrastra y á las tres hermanas, y lo peor era que, muy joven, tenía ya esposa é hija. Por fortuna, la madrastra, activa é inteligente, sabía arreglarse: volvió como trabajadora al taller de costura donde Paulina practicaba su aprendizaje; hizo entrar después á Leonia, y solamente quedó Hortensia, mimada, más linda, y que iba á la escuela. Más tarde, cuando Paulina se casaba con el albañil Labitte, y Leonia con el mecánico Salvat, Hortensia, que había entrado como señorita de mostrador en una confitería de la calle de los Mártires, trababa conocimiento con el empleado Chretiennot, que la tomó por esposa, no habiendo logrado que fuese su querida. Leonia había muerto joven, pocas semanas después que su madre, las dos á consecuencia de una fiebre tifoidea; y Paulina, abandonada de su esposo, vivía con su cuñado Salvat, cuya hija la llama mamá. Las dos se morían de hambre. Solamente Hortensia llevaba los domingos un vestido de seda inferior, y habitaba una casa nueva; pero á costa de una vida infernal y de abominables privaciones.

La madre Teodora no ignoraba los apuros de su hermana en los últimos días de mes y por eso no se atrevía á intentar un empréstito; y por otra parte, Chretiennot, resentido de su mediocridad, y acusando á su mujer de ser la causa de su triste existencia, no veía ya á la familia de su esposa, de la cual se avergonzaba. En su concepto, Toussaint, era al menos un obrero decente; pero aquella señora Teodora que vivía con su cuñado á la vista de la niña, con aquel Salvat que vagaba de taller en taller como un energúmeno, sin que ningún patrón quisiera admitirle, y sobre todo su miseria y suciedad, acabaron por ofender al correcto y vanidoso empleado, á quien las dificultades de la vida hacían perverso. Por eso había prohibido á Hortensia recibir á su hermana.

Al subir la escalera de la casa del bulevar Rochechouart, que tenía alfombra, la madre Teodora tuvo cierta vanidad, al decirse que una parienta suya vivía con aquel lujo. Era un tercer piso de 700 francos de alquiler, con vistas al patio. La asistenta, que iba diariamente á las cuatro de la tarde para servir la comida, estaba allí ya, y dejó pasar á la visitante, á quien conocía, manifestando inquieta sorpresa al verla presentarse tan mal vestida: pero en el umbral del saloncito, la madre Teodora se detuvo, muda de sorpresa, al ver á su hermana sollozando en el fondo de una de aquellas butacas azules de que se mostraba tan orgullosa.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—preguntó.

A los treinta y dos años escasos, no era ya la hermosa Hortensia: conservaba su aire de muñeca rubia, alta y delgada, con sus lindos ojos y abundante cabello; pero ella, que se había cuidado tanto antes, no hacía ahora mucho aprecio de su persona; siempre tenía los párpados enrojecidos, y su fino cutis se marchitaba. Dos partos sucesivos le dieron dos niñas, una de las cuales tenía nueve años, y la otra siete; pero esto la desmejoró mucho. Por otra parte, muy orgullosa y egoísta, arrepentíase de su casamiento, porque en otro tiempo se creyó una belleza digna del palacio y de las carrozas de algún príncipe encantador.

Su desesperación era tal, que ni siquiera se extrañó al ver entrar á su hermana.

—¡Ah! ¡eres tú!—exclamó.—¡Si supieras qué vida paso con tantos enojos!

La madre Teodora pensó al punto en las niñas Luciana y Marcela.

—¿Están enfermas tus hijas?—preguntó.

—No, no; la vecina de al lado las pasea por el bulevar... Pero imagínate, hermana, que ya estoy otra vez en cinta. Al pronto creí que me engañaba, pero no es así, pues ya estoy en el segundo mes. Y hace un momento, después de almorzar, cuando se lo he dicho á Chretiennot, se ha encolerizado furiosamente, diciéndome con toda especie de palabras feas que yo tenía la culpa, como si esto dependiese tan sólo de mí... ¡Ah! yo fui quien se dejó coger, y bastante pena tengo.

Hortensia comenzó á sollozar de nuevo, quejándose de su mala suerte, y asegurando que tan sólo deseaba la tranquilidad del hogar.

—¡Dios mío!—acabó por decir Teodora—ya criaréis á esa tercera criatura como á las otras dos.

La cólera secó las lágrimas de Hortensia, que se levantó, exclamando:

—¡Tú sí que lo arreglas pronto! Bien se ve que no estás en nuestra bolsa. ¿Cómo quieres que incurramos en nuevos gastos, cuando apenas se pueden cubrir los que tenemos ahora?

Y Hortensia comenzó á referir sus apuros, la espantosa escasez de dinero que les acosaba de un año á otro. El alquiler de la casa importaba ya 700 francos, y de los 3.000 que el marido ganaba en su oficina, apenas quedaban 200 al mes. ¿Y cómo arreglarse, cuando debían comer los cuatro, vestirse, y presentarse como correspondía á su clase? Indispensables eran el traje decente para el marido, el vestido nuevo que la señora debía tener, los zapatos que las niñas destrozaban en un mes, y toda clase de gastos de que era absolutamente imposible prescindir. Se suprimía un plato en la mesa, y también el vino á veces; pero había noches en que era preciso tomar un vehiculo; y todo esto sin hablar de lo que costaban los niños, del abandono en que la mujer, desanimada, dejaba el domicilio, y de la desesperación del hombre, convencido de que jamás saldría de apuros, aunque su sueldo ascendiese algún día á la cifra inesperada de 4.000 francos.

(Se continuará.)

EMILIO ZOLA.

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)





SECCION GENERAL

LO QUE ES LA IGLESIA

A R. R.

Como todas las religiones, la católica se basó y prosperó en la ignorancia de los pueblos.

Como todas las religiones, la católica apostólica romana sufrió la tiranía de su predecesora, que contaba con el poder y tenía más adeptos.

Como todas, fué despótica, cruel en cuanto fué poder; como todas, su objetivo es tener á los pueblos sumidos en la servidumbre.

Los sacerdotes cristianos que instruían al pueblo en las grandes solemnidades religiosas, llevados de una ambición desmedida, pactan con los sacerdotes paganos, refunden las dos religiones en una que titulan católica romana, erígense ellos en obispos y doctores, con el fin de explotarla, y la religión, que no le queda más que el nombre, es un verdadero comercio con sus compras y sus ventas.

Los sufrimientos de antes, se trocan en venganzas terribles; el amor hacia los demás se convierte en odio salvaje; los que antes eran fieles guardadores de una doctrina sana, sólo respetan al rico y atienden al mayor lucro; el trabajo, blasón de nobleza, único redentor sin Cristos, lo hacen baldón de ignominia, alzan suntuosos templos donde se fraguan las más asquerosas intrigas contra lo honrado y liberal, y se maquinan terribles conspiraciones contra la tranquilidad de la familia y de las conciencias; la hipocresía más refinada tiene su nido en esas casas que se llaman conventos, desde donde se tienden las redes á la sociedad enemiga, y la calumnia, que no les abandona un momento, es el arma que, esgrimida con sagacidad les conduce á la victoria.

La religión es idólatra por excelencia; ved sus templos cuajados de imágenes.

Leed su historia y su vida; pronto encontraréis reyes católicos sugestionados por cardenales egoístas, que después de llevar una vida lujuriosa legan al papa algunos miles de duros y mueren en olor de santidad; reinas y princesas que después de gozar una vida inmunda y satisfacer los apetitos carnales que sugiere la juventud, se reconcilian con Dios, descansando de las fatigas que en gran escala proporcionaron á su cuerpo. Magnates y sacerdotes que venden la honra, que comercian con el crimen, que hacen de la religión un mercado.

También encontraréis jóvenes aburridos que se retiran al desierto ó al claustro por no trabajar y comer á cuenta del prójimo; estúpidos que sin saber por qué se arrojan con los cuerpos desnudos entre zarzas hasta desgarrarse las carnes; otros se oprimen con correas y no se las quitan hasta que los gusanos les cubren; otros, inquisidores, verdugos, ladrones, á todos los tiene Dios á su diestra. ¡Es tan grande su misericordia!

¿Qué tal? ¿Esta es la religión tan flamante que nos legan nuestros padres y que exigen acatemos? Esa es, sí, toda una pléyade de imbéciles rémora del progreso, eterna enemiga del racionalismo... *eso* nos dan por religión como si nuestro oficio fuera el de bandido... ¡Qué contraste con el racionalismo!

La una inspirada por su Dios, Dios inconcebible, no ha resuelto ningún problema útil á la vida.

Los hombres que militan en la Iglesia engolfados con lo que llaman fe divina y que no es más que fanatismo embrutecedor, se cuidan poco ó nada de la humanidad si no es para explotarla ó martirizarla.

De otra parte, el racionalismo estudia las leyes cósmicas bajo la lógica inflexible de la razón, no por la influencia de espíritus más ó menos auténticos formados á imagen y semejanza del Dios ignorante que no sabe lo que hizo, y que siendo omnipotente no prevé los hechos del hombre, obra suya, y siendo justo no mide á todos con el mismo rasero... En el campo racionalista, caben todos los hombres libres y desinteresados; todos se afanan por cooperar con su grano de arena al bien general.

La Iglesia para triunfar necesita sangre, mucha sangre, ahogar todo grito que estalle de algún corazón generoso y liberal; para ello, para lograr el fin, no regatea los medios, aunque éstos sean los más rastreros y canallescios: la calumnia, la infamia, las torturas más atroces son su arma favorita; cuantos medicos inventaron los verdugos son utilizados en nombre de un Dios que aterra, contra hombres ilustres, soles que dan vida y nuevas formas de pensar y de sentir á las humanidades.

Para la Iglesia, el que no cumple sus mandamientos, merece ser exterminado; guerra sin cuartel en nombre de Dios vengativo (como si á Dios pudiesen ofender sus propias obras) que pide sangre.

Por eso, cuando un sabio se presenta á los doctores de la Iglesia exponiendo sus teorías y sus experimentos, es tenido por loco ó por hereje.

Ver mundos mayores mil veces que el nuestro, saber más que Dios, acercarse á la Naturaleza en el espacio sin fin, he aquí la obra de los sabios y perseguida á muerte por la Iglesia.

¿Qué hace el pueblo en esta lucha entre la reacción y la revolución, entre la ciencia y Dios? Unas veces dudaba, otras se entregaba al dogma y á la fe.

Sin embargo, el espíritu investigador le llamaba al racionalismo.

Pero la Iglesia era muy astuta para dejarse aplastar por la razón; no ignoraba que la debilidad es mala consejera, y cerrando los ojos á la razón, prende á Galileo, que es apaleado por una manada de sacerdotes sin entrañas; obligándole á declarar en público que cuanto habfan visto y oído era una ilusión quimérica inventada por el diablo, y vuelven á encerrarlo en húmedo calabozo, sigue la persecución contra los que dieron crédito á la verdad, y satisfecha la cólera, vuelven á sentar sus reales sobre aquel pueblo imbécil y estúpido.

Mas no en balde regaron con su sangre las ideas esparcidas por aquellos mártires de la razón y de la verdad; el pueblo, por ley ineludible del progreso, engendra nuevos seres dispuestos á la lucha, y pelean llevados del mismo altruismo que sus antecesores.

En aquella lucha titánica entre la fuerza de la razón y la razón de la fuerza, triste es confesarlo, el triunfo fué para los últimos; se jugaba la Iglesia su última partida y no dudaba en aumentar el número de víctimas inmoladas á su soberbia.

¿Qué le importan los medios? Tenia á su disposición tribunales que sentencien, suplicios donde hacinar leña, verdugos que ejecuten, y con estas armas, habilmente dirigidas por Dios Nuestro Señor, se sacrifican sólo en España la respetable cantidad de 322.800 hombres, víctimas de la barbarie de estos trabucaires.

Si todo esto hace una religión que se titula progresiva, ¿qué harían las otras? Todas son igualmente rechazadas por la lógica y todas son falsas.

No hay razón humana que comprenda que si sólo hay una religión verdadera, ¿cómo Dios consiente las demás siendo Todopoderoso?

Librepensadores y libertarios, á vosotros más que á nadie os corresponde combatir el obscurantismo; uníos, y con táctica y constancia vuestro será el triunfo; ¡guerra al letal enervamiento que la doctrina religiosa encierra! no puede amarse la redentora acriacia sin estar emancipada de la tutela religiosa, que es nuestro principal enemigo; es la base de esta sociedad hipócrita, ruin y cobarde; pues bien, derrumbemos el trono de Dios y sus sayones, y los demás, faltos de base, caerán por sí solos siguiéndole sin la menor interrupción.

Hora es ya de que la barbarie fanática sucumba y abra paso á la ciencia. El racionalismo científico es el llamado á resolver el gran problema social; la igualdad, la justicia y la fraternidad, vendrán por la ciencia, en su campo se encuentran los verdaderos santos á quienes la humanidad, dueña de sí misma, erigirá en su día un monumento que perpetúe la victoria de los buenos.

E. ZALDO.

ENTRE JARAS Y BREZOS

LIBRO SEGUNDO

Miseria y vida.—Veinte años después.

Han pasado veinte años desde el comienzo en que empieza nuestro libro; muchas de las personas que encontramos en la primera parte han muerto ya, y el pequeño pueblo de M. ha se transformado de tal modo, que bien apenas se conoce. Todo ha cambiado en él, sus calles y casas, sus campos y montes, la atmósfera y el agua.

A su alrededor, en una legua á la redonda, no se ve ni una sola planta, nada que nos indique como que allí exista vida y creación.

Las aves, como si todo el pueblo estuviese infestado de mortífera peste, semejante á la de Otranto, no cruzan por él. Cuando las aves huyen de un lugar, los hombres deben de huir también.

Si decimos que en este lugar, del cual huyen los pájaros, existen miles de seres humanos, se comprenderá la vida que llevan.

El que esto escribe, humilde obrero del trabajo muscular é intelectual también, puede hablar, mejor que ningún otro, con entero conocimiento de causa, de una sociedad mísera viviendo sobre una tierra de oro. Pero así son las leyes sociales que hoy rigen al mundo.

¡Triste cosa! Que el que saca montones de oro de los entrañas de la tierra teniendo su vida pendiente de un hilo, no vea nunca el codiciado metal; que el que hace palacios suntuosos habite en mísera guardilla; que el que teje la lana y la seda, no vista nunca de ellas.

Esta es una imperfección del mundo y una grande injusticia de los hombres.

De nada nos sirven la química y la mecánica sin la moralidad.

Viviendo en una de estas sociedades y sintiendo el peso de esta injusticia; rozándome de cerca (tan de cerca, que yo soy uno de ellos) con los miles de desgraciados hijos de

trabajo que á mi lado pasan en procesión siniestra, enseñando la desnudez de su cuerpo y de su alma, y en el rostro el sello horrible que deja impreso la miseria y el hambre, unida al excesivo trabajo que agota prematuramente las fuerzas físicas del hombre atrofiando su inteligencia, y embruteciéndolo de tal modo, que pierde hasta el amor de sí mismo, voy, pues, á describir una sociedad con todos sus vicios y defectos, con toda su nobleza y su maldad, con todo su heroísmo y su vileza, pues de todo hay en la sociedad moderna.

Tiene su lado malo y su lado bueno, como el mundo físico tiene también montañas estériles y valles fertilísimos; después de la selva frondosísima, la montaña agreste y escarpada. El que sube á ella se fatiga y cansa; al descender, como no es un ángel alado, tropieza y rueda por sus precipicios, y cuando llega al valle, donde va á buscar agua refrescante y bienhechora sombra, su cuerpo es ya un cadáver. Asistimos á su entierro, con lágrimas en los ojos, nacidas del fondo de nuestra alma, cantando el dolor, ya que no podamos cantar la alegría.

I

La muerte de Pedro.

En una casa de muy humilde apariencia, vive una familia formada de un obrero, su mujer y dos hijos, varón y hembra.

Penetremos en aquella casa y, después de haber entrado en el primer cuerpo, alcemos la cortina de uno de los cuartos de dormir.

Un hombre, de unos cuarenta y tantos años, yace en el lecho víctima de penosa enfermedad. En su rostro, amarillento y seco, revélase un penoso dolor moral y material.

Junto al lecho están dos mujeres que lloran. La una es joven, delicada y de un talle muy delgado; la otra pasaba de los treinta y, sin duda alguna, eran madre é hija.

El enfermo, haciendo un trabajoso esfuerzo como queriendo sobreponer su voluntad á sus fuerzas físicas, trató de incorporarse en el lecho, dando un quejido lastimero.

La más joven de las mujeres se abalanzó hacia el lecho, diciendo:

—¿Qué vais á hacer, padre mío?

—Hija de mi alma, nada—y preguntó: —Y tu hermano, ¿ha venido?

—No señor; pero ya pronto vendrá con el médico—añadió la joven.

—¡Con el médico!—murmuró el enfermo, como hablando consigo mismo.

Su esposa oyó esto, y le dijo:

—Sí, Pedro; ha habido necesidad de llamarlo, á ver si te receta alguna medicina que te dé la salud.

—Pero Elisa, ¿tú ignoras lo que es Arturo?

—No, Pedro, no lo ignoro, y sé que siempre ha sido nuestro enemigo. En la cuestión de los malditos *humos*, que nos ha arruinado sumiéndonos en la miseria, ha tenido él mucha participación, dando siempre su informe como doctor á favor de la Empresa, consiguiendo con esto ser el médico que forzosamente pagan todos los obreros de la mina. Pero yo confío en que quizás le haya quedado un resto de nobleza en el corazón y olvidará lo pasado, viendo en nosotros, no á los enemigos, sino á los enfermos que necesitan de su ciencia.

El enfermo meneó tristemente la cabeza en señal de duda.

Después de una pausa de algunos minutos, dijo:

—Mira, Elisa, el que aquí cae enfermo de una manera como yo, no le queda más remedio que morir... El médico, el hombre de ciencia, en algunas partes puede mucho con-

tra los males que aquejan á la humanidad; pero estos hombres aquí están corrompidos y envilecidos de tal modo, que no tienen corazón ni conciencia; no quieren más que enriquecerse, y como cuentan con la paga segura de los obreros que la compañía les descuentan en el talón antes de pagarles el mes, no se toman interés alguno por sus enfermos y pasan la vida ociosamente siempre metidos en el casino ó en las casas de juego, importándoles poco ó nada que sus enfermos se mueran... Si no, ya te convencerás y verás como no me receta ninguna medicina que pase del valor de diez céntimos.

El enfermo calló; las palabras que acababa de pronunciar torpemente agotaron sus fuerzas. Su esposa y su hija lloraban silenciosamente al lado de la cama.

En esto un ruido que hizo la puerta de la calle al abrirse les sacó de su doloroso estado por un momento, é instantáneamente llevaron un pico de sus delantares á sus ojos para secar las lágrimas que vertían por ellos.

Aristides, seguido del doctor, entraron en la habitación del enfermo.

El doctor, que no era otro que Arturo, echó una mirada escrutadora en torno suyo, viendo á Elisa en un estado aflictivo, á su antigua prometida y que lo había despreciado por el amor de Pedro, y una llamarada de júbilo inmenso brilló en sus ojos.

Sin mirar al enfermo ni tomarle el pulso, se puso á recetar un purgante.

El hijo del enfermo, notando esto y viendo la poca solicitud del médico, se atrevió á preguntarle:

—Pero, ¿qué es eso doctor, no examináis á mi padre?

—No es menester; con un purgante se pondrá bueno.

—¿Y no hay otro medicamento que le sea más eficaz que ese?—preguntó el joven.

—No—respondió el médico secamente, sin apartar la vista del papel que estaba redactando.

—Decid más bien que no queréis que mi padre se salve.

A lo que respondió el médico alzando la cabeza:

—El médico y el hombre no desean otra cosa sino que el enfermo se salve, porque interesa á mi reputación y á mi profesión, y porque, además, debéis comprender que no gano nada con la muerte de mis semejantes, y sí pierdo mucho.

—Pues bien; mi padre no tomará ese purgante porque no es esa la medicina que requiere su enfermedad. Necesita otra de mucho más valor; si no la queréis recetar, iré á uno de los vecinos pueblos por un médico particular que vea á mi padre y me informe sobre su enfermedad.

Estas palabras firmes del joven produjeron en el médico un grande efecto, y mirando al que así le amenazaba, con una sonrisa en la que brillaba la cólera mal reprimida, hizo pedazos la receta que tenía ya escrita y se puso á redactar otra nueva después de pulsar al enfermo. Cuando hubo terminado, se la alargó diciéndole:

—Vaya, es menester hacer algo por mis antiguos amigos; esta medicina vale en cualquier botica de veinte á veinticinco pesetas. Y agregó: La receto por ser quien sois.

—Para eso pagamos mensualmente la botica y el médico—repuso el joven lanzandó sobre él una mirada amenazadora.

Este se despidió después de darle instrucciones en la forma que había de darle aquella medicina al enfermo.

Aristides, apenas hubo salido el doctor, se guardó en uno de los bolsillos del chaleco la receta, cogió una botella y se encaminó en derechura á la botica.

Al presentar aquella receta al boticario, éste la miró detenidamente, y después de un largo rato, dijo al joven que no había aquel medicamento.

—¡Cómo!—exclamó Aristides todo sorprendido—no haber aquí esa medicina...

—No—repuso el boticario.

—¡Ah!... Primeramente el médico que se niega á recetar una medicina que pasa de diez céntimos; después el boticario no quiere darla. Pues bien—prosiguió el joven con exaltación—, yo veré al director, le contaré lo que me pasa y me hará justicia... Y si el director me desatiende y se niega á hacerme justicia, apelaré á la prensa periódica, poniendo de manifiesto las arbitrariedades y abusos que se cometen con los obreros á la sombra de la compañía.

Ante estas enérgicas y firmes palabras, el boticario quedó todo cortado sin saber qué partido tomar.

Por fin se decidió á optar por el que más le convenía, y dijo:

—Esperad; voy á ver si la encuentro.

Se entró para adentro y se puso á buscar y componer el medicamento que estaba puesto en la receta.

Al poco rato salió, diciendo al joven:

—Tomad, ahí estaba un poco en un frasco. Yo creía que no había tal medicina en mi casa.

—Está bien—dijo Aristides tomando la botella que el boticario le alargaba, y sin más cumplidos salió á la calle corriendo á su casa.

Ya en ella y al lado de su padre, con tierna solicitud intentaba administrar al enfermo aquel líquido que en la botella llevaba; pero estaba éste tan apocado y débil que no podía tomarlo. La vida se le escapaba por momentos y el enfermo se moría irremisiblemente.

En este estado de desesperación, Aristides corrió en busca del médico; pero ¡oh! fatalidad, el médico parecía que se lo había tragado la tierra. No lo encontraba por ninguna parte; ni en su casa, ni en los círculos, y desesperado y contristado volvió á su casa, donde ya era su padre un cadáver.

Su madre y su hermana lloraban amargamente abrazadas al cadáver, y él, entonces, inclinándose sobre el cuerpo ya frío é inanimado de su padre, cogió una de las yertas manos llevándola á sus labios, y en esta actitud estuvo largo rato derramando abundantes lágrimas sobre la mano mármorea del cadáver.

¡Cuántas ideas pasaron entonces por su mente!... Pero su corazón, oprimido por el pesar y el sentimiento, se anteponía á su razón, borrando todas las ideas funestas que pasaban por su cerebro. Todo su odio al médico, pues había olvidado á la inmoral sociedad en que vivía, no dando cabida en su alma á estas pasiones en aquellos momentos de tribulación y de dolor.

Al día siguiente el cadáver de Pedro fué enterrado en el cementerio.

Ya la familia tenía que vivir con más economía, pues sólo tenían lo que Aristides ganaba con su trabajo.

AURELIO MUÑIZ.

(Se continuará.)

REVISTAS Y PERIÓDICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

- L'Humanité Nouvelle*.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neuilly-sur-Seine.
- Revue Franco-Allemand*.—45, rue Custine XVIIIe, París.
- El Obrero Albañil*.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.
- Freedom*.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.
- Les Temps Nouveaux*.—Rue Mouffetar, 140, París.
- La Protesta*.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.
- La Defensa del Obrero*, Gijón.
- El Obrero*.—Badajoz.
- La Protesta Humana*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.
- El Nuevo Ideal*.—Maloja, 1, altos, Habana.
- El Rebelde*.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.
- La Question Sociale*.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).
- El Obrero*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.
- El Despertar*.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).
- L'Awenire Sociale*.—Messina (Italia).
- La Campaña*.—Correo, 5, Santiago de Chile.
- La Voz de la Mujer*.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.
- A Obra*.—Rua do Norte, 165, Lisboa.
- La Aurora*.—Piedad, 94, Montevideo.
- L'Università Popolare*.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).
- O Protesto*.—Rua Evaristo de Veiga, 78, Río Janeiro.
- El Grito del Pueblo*.—Avenida Intendencia, 14, Sao Paulo (Brasil).
- El Obrero Moderno*.—Balsas, 3, Murcia.
- L'Awenire*.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.
- Germinal*.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.
- Le Reveil*.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).
- El derecho a la vida*.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.
- L'Agitazione*.—Casella Postale, núm. 299, Roma.
- El Acrata*.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.
- La voz del esclavo*.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.
- Palestra Social*.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Paulo (Brasil).
- Federación*.—Box, 81, Tampa Flá.
- El Productor*.—Ferlandina, 49, 1.º, 2.ª Barcelona.
- Tribuna Libertaria*.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.
- L'Aurora*.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)
- L'Internazionale*.—418-420, Euston Road, Londres N. W.
- Ontwaking*.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).
- Neues Leben*.—Desdrener-Strasse, 49-II, Berlín, S.
- El Siglo XX*.—Santiago de Chile.
- Fraternidad Obrera*.—San Fernando, 70, Cartagena.
- La Emancipación*.—Coruña.

Retratos.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

LA REVISTA BLANCA



PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta.</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.

Los números atrasados no tienen aumento.